BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

ROBOTISMO

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION



CAPÍTULO PRIMERO

—Así es, amigos míos, yo defiendo la doctrina de la *robiónica,* aunque a mí, particularmente, me complazca denominarla *robotismo,* nombre que me parece más familiar —dijo el conferenciante, con una plácida sonrisa en su rostro cetrino, adornado con una pequeña bar- bita, terminada en punta—. Una doctrina que no es un mero con- junto de teorías, sino una serie de hechos perfectamente demostra- bles. El robotismo no es un «ismo» más, sino la doctrina que un día conquistará al mundo.

Una mano se alzó de pronto entre la masa de público que escuchaba al conferenciante.

—Profesor...

—Dígame, amigo mío —respondió el interpelado con benevolente acento.

—Usted ha dicho que el robotismo, como usted prefiere denominar a la robiónica es algo perfectamente demostrable.

—Así es.

—En tal caso, demuéstrelo, profesor.

Rachid Tsur sonrió.

—Yo soy un robot —contestó apaciblemente—. ¿Quiere más demostración?

Se oyeron algunas risitas.

—Un robot —dijo uno.

—Tiene humor...

—Es gracioso.

—¡Búuuu...! —hizo alguien, acanutando los labios y poniéndose las manos a guisa de altavoz.

Rachid Tsur continuaba sonriente, inmutable.

—Soy un robot, porque practico la doctrina del robotismo —dijo.

—Vaya, pues parece una persona de carne y hueso —comentó alguien.

—Y tiene un aspecto muy... apetecible —dijo una dama algo entrada en años, pero todavía de buen ver.

—Oiga —preguntó uno— ¿cómo se convirtió en robot? ¿Acaso entro en una máquina, siendo un ser humano, y salió por otra puerta, ya transformado en robot?

—El procedimiento sería largo de explicar, aunque su realización es menos complicada de lo que pueda parecer —respondió Rachid—. Baste saber que si, con los progresos de la medicina actual se ha conseguido elevar la media de la vida humana a ciento cincuenta años, con el robotismo se logrará vivir, como mínimo, cuatro veces más.

—¡Seis siglos! —exclamó un espectador.

—O siete u ocho… Depende.

—¿De qué, profesor?

—En parte, de la naturaleza de la persona robotizada y en parte, también, de los adelantos que, inevitablemente, se harán también en este campo.

—Profesor, si yo me convierto en un robot, dejaré de percibir ciertas sensaciones específicamente humanas…

—No, amigo mío, no, no dejará usted de ser enteramente un ser humano. Mi procedimiento no suprime, por ejemplo, los sentidos del gusto, tacto y oído, ni la vista, claro, aunque sí es cierto que el olfato queda bastante afectado. Pero siendo robot no se dejará de ser hombre. O mujer, según los casos.

—¿Quiere decir que el robotizado podrá… podrá…?

—Podrá sentir exactamente como un ser humano, con la garantía de una vida cuatro o cinco veces más larga que el promedio. No se quedará sin amor, ni perderá el placer de saborear un buen vino o un suculento filete…, pero todas las enfermedades quedarán excluidas absolutamente en su existencia robótica.

—¡Sensacional!

—Sí, si fuese cierto —gruñó Justyn Witt, asistente a la conferencia científica, que estimaba un estúpido fraude.

—A ver —exclamó de pronto uno de los asistentes—. Demuestre su… su doctrina del robotismo.

—Ah, con muchísimo gusto, amigo mío —accedió Rachid.

Justyn Witt consultó su reloj. Había entrado en la sala de confe-

rencias sólo para matar el rato. Tenía una agradable cita y ya era hora de acudir. Una mujer hermosa podía tener siempre una disculpa

para su retraso; un hombre debía ser puntual cuando había acordado una cita con una bella mujer.

Empezó a caminar hacia la salida. De pronto, oyó un «¡Ooooh…!» que brotaba de todas las gargantas simultáneamente.

Volvió la cabeza. El profesor Haddar Rachid Tsur se había quitado la camisa, dejando el torso al descubierto. Parte de su pecho había girado a un lado, como una portezuela, permitiendo ver los extraños mecanismos que había en lugar de las vísceras que debían ocupar aquel hueco.

Sin dejar de sonreír, Rachid alzó el brazo izquierdo y levantó el trozo de piel comprendido entre el codo y el hombro. Allí no había músculos, nervios, venas y huesos, sino cables y tubos de brillante metal.

Witt tenía la boca abierta. Y no era el único, por supuesto.

La voz de Rachid se alzó, potente y clara, para quebrar el silencio que había producido su insólita acción:

—Aquí, amigos míos, tienen la mejor prueba de que el robotismo es una doctrina que puede llevarse a la práctica. ¡Yo era un ser humano y ahora me siento orgulloso de ser un robot!

*

*

*

Cuando el profesor Rachid Tsur hizo su demostración, Justyn Witt contaba escasamente veinticuatro años.

Pasaron diez.

Después de aquella sensacional demostración de la doctrina del robotismo, Witt había encaminado su vida por otros derroteros. Con el tiempo, había llegado a olvidar la conferencia de Rachid que, si en

un principio había producido un ruido más que considerable, luego, poco a poco, fue perdiendo interés, hasta que el robotismo y su fundador cayeron en el olvido.

Aquel día, Witt había decidido descansar, después de unas cuantas jornadas de intenso trabajo.

—Lo mejor sería que me tomase unas buenas vacaciones —pensó.

De momento, se iría a pescar.

Conocía un sitio excelente, un arroyo de aguas claras, con un par de remansos donde, incluso, podría bañarse, entre las montañas, bajo el sol y en la limpia atmósfera. Había árboles en abundancia y la hierba era fresca y jugosa.

El aeromóvil quedó en una pequeña explanada, a unos trescientos metros del arroyo. Witt cargó con los trebejos de pesca y se encaminó hacia el lugar donde pensaba echar el anzuelo.

De pronto, cuando ya llegaba a la orilla, vio una rubia cabellera que se movía en el agua. Una larga mancha blanca se entreveía a través de las ondas. A Witt le pareció una sílfide en el momento de tomar su baño.

De pronto, ella se volvió y supo que no estaba sola.

—Eh, váyase —gritó, con la barbilla a ras del agua.

—Siento haberla molestado, señorita; no soy un mirón y me apartaré..., pero le recuerdo que este lugar no es privado.

—Se equivoca. Estos terrenos son míos. Witt arqueó las cejas.

—No lo sabía —se disculpó.

—Pero si viene a pescar, puede hacerlo, cuando yo me haya vestido —permitió la bella desconocida.

Witt agitó una mano.

—Esperaré al otro lado de esos árboles —dijo.

La cara de la joven le pareció vagamente conocida. Giró sobre sus talones y caminó cincuenta o sesenta pasos, sentándose con la espalda apoyada en el tronco de un árbol. Sacó un cigarrillo, lo encendió y se distrajo contemplando las evoluciones de dos mariposas que se perseguían graciosamente.

De pronto, oyó una voz femenina:

—¡Ya puede tirar su anzuelo!

Witt se puso en pie. La joven se había vestido y escurría su larga cabellera, retorciéndola con ambas manos. Su indumentaria era muy breve: camisa, holgada, sin mangas, pantalones cortos y sandalias. En la boca sujetaba una cinta de color azul.

—Me llamo Justyn Witt —se presentó él.

—Evalee Duncan —dijo la joven, después de quitarle la cinta de los dientes.

—Es un placer, señorita, y de nuevo le ruego dispense mi intromisión, pero hasta hoy no había sabido que estos terrenos tuviesen propietario.

—Siempre fueron de la familia. Lo que sucede es que nunca pusimos una valla ni señalamos los límites con un cartel.

—Sí, así se comprende.

Witt dio un par de pasos. De pronto, arriba, a media ladera, vio una cabaña oculta entre los árboles.

—Esa casa no estaba aquí hace un par de meses —dijo.

—Ayer la terminaron —contestó Evalee, mientras alzaba las manos para sujetarse el pelo con la cinta—. Yo llegué por la noche. El día es estupendo y pensé que un rato de natación me sentaría bien. Espero que las truchas recobren la calma muy pronto —añadió con una sonrisa.

—No tengo prisa, y si pesco dos, le daré una —dijo Witt, sonriendo también.

Era una muchacha alta, espléndidamente conformada, de ojos claros, sonrisa abierta y franca, y piernas muy atractivas. Evalee se inclinó, recogió la toalla de baño y la dobló sobre su brazo izquierdo.

—Su nombre me suena, señor Witt —dijo de pronto.

—A mí también me suena el suyo, señorita.

—Soy la hija de Clark Webster Duncan.

—Oh, comprendo... El accionista más importante de I. S. Duncan, lo que, en la práctica, significa su dueño.

—Así es... o así puede que fuera —contestó Evalee sorprendentemente.

—No entiendo —dijo Witt, desconcertado.

El hermoso rostro de la joven se puso serio de repente.

—Mi padre desapareció hace algunos meses. Dijo que tenía que hacer un viaje muy importante, me otorgó plenos poderes, para la dirección de la empresa..., y ya no he vuelto a saber más de él.

—Estará en alguna cura de rejuvenecimiento. En ocasiones, esas curas se prolongan

durante meses.

—¿A los cincuenta y dos años? Señor Witt, un hombre se somete a una cura de rejuvenecimiento pasados los setenta y cinco u ochenta años, pero no cuando acaba de cumplir el medio siglo. De todos modos, gracias por su interés.

Evalee dio media vuelta y se perdió por el sendero que conducía a la cabaña. Witt la contempló unos momentos; luego, procurando distraer su atención de la conversación que acababa de sostener con la joven, empezó a preparar su caña de pescar.

A media tarde, llamó a la puerta de la cabaña.

Evalee salió a abrir. Witt puso en sus manos dos espléndidos ejemplares de truchas.

—Sirva como tributo, por las facilidades que me ha otorgado para pescar en sus tierras —dijo.

Ella sonrió amablemente.

—Muchas gracias, señor Witt contestó—. ¿Quiere pasar y tomar una copa?

—Se lo agradezco mucho, pero debo regresar. Otro día, quizá.

—Venga a pescar siempre que guste. Si lo hacía antes, no me parece correcto privarle de ese placer, sobre todo, cuando su estancia aquí no me causa ninguna extorsión.

—Es usted muy amable. Encantado, señorita Duncan.

—El placer ha sido mío, señor Witt.

Evalee alargó su mano. Witt la estrechó, dio media vuelta y emprendió el camino de regreso a su aeromóvil, que le llevó a la ciudad en poco más de treinta minutos. Una vez en su departamento, tomó un baño, se cambió de ropa y salió, dispuesto a ver a un conocido que podía proporcionarle ciertos informes sobre algo que ahora volvía a llamar su atención de nuevo.

CAPÍTULO II

Sentado en un alto taburete, el comisario Guy Gilles hizo un gesto negativo, como una contestación gráfica a la pregunta que acababan de formularle.

—No, no tengo la menor idea de que nadie haya denunciado la desaparición de Duncan. Tampoco he oído nada acerca de dificultades financieras en su empresa. Todo marcha perfectamente... Es más, conozco muy bien al contable jefe, es primo de mi mujer y ya me habría dicho algo, si la empresa tuviese problemas.

— Bueno, tal vez la chica sea un poco alarmista —sonrió Witt.

—¿Qué chica? —preguntó Gilles.

—Su hija, claro.

—¿La conoces?

—He hablado con ella, Guy.

—¡No me digas, Justyn!

—Guy, ¿de qué te asombras? —respingó Witt, un tanto amoscado por el tono irónico de su amigo.

—Bueno, se dice de Evalee que es un témpano de hielo, que no habla con nadie que no le haya sido presentado, que detesta a los hombres... Eso sí, es una verdadera preciosidad...

—Rumores sin fundamento. Al menos, conmigo se mostró muy amable.

—Hombre, siempre hay una excepción —dijo el comisario con sorna—. Pero lo normal es que Evalee resulte completamente inaccesible. No sé por qué será así, pero es su carácter.

—Acaso desconfía de los hombres porque es una rica heredera. Muchas mujeres, en su caso, tienen ese complejo, Guy.

—Tal vez, Justyn.

—De todos modos, lo que interesa es el señor Duncan. ¿Dónde está?

Gilles se encogió de hombros.

—Yo no puedo lanzarme en su busca, sin una petición oficial —contestó—. Y recuerda su cargo y sus negocios. ¿Quién sabe si no está haciendo un viaje secreto? Estos hombres de negocios actúan, a veces, de forma muy rara.

—Puede que tengas razón, Guy. Perdona las molestias.

—De nada, hombre. ¿Otra copa?

—No, gracias. Volveremos a vernos.

De pronto, Gilles lanzó una exclamación:

—Justyn, ¿no es ésa Nellie Ackerman?

Witt se volvió. Había en la entrada una hermosa mujer, de unos treinta años, audazmente vestida, quien se despedía en aquellos momentos de un conocido. La mujer permitió que le besaran la mano y luego caminó con paso indolente hacia la barra.

—Nellie Ackerman —dijo Witt.

Ella le miró a través de unas espesas pestañas.

—Hola, Justyn —saludó con voz acariciadora.

—Nellie, hacía tiempo que no nos veíamos —murmuró Witt—. Conoces al comisario Gilles, supongo.

—¿Qué tal, comisario?

—Es un placer, señora Ackerman.

—Has estado de viaje, me imagino, Nellie —dijo Witt.

—Sí, un viaje muy placentero —contestó ella.

Gilles se despidió, alegando un pretexto cualquiera. Witt y Nellie quedaron frente a frente.

—Había quedado citada con una amiga, pero no ha venido —dijo ella.

—Se habrá retrasado.

—Seguro. Justyn, ¿me has echado de menos todo este tiempo?

Witt contempló a la hermosa mujer que tenía frente a sí. Labios rojos, de fuego, silueta escultural, pelo negro y mirada ardiente.

—Sí, te he echado de menos —admitió.

—En tal caso, ¿por qué no me lo demuestras?

—Dime la manera de hacerlo y te aseguro que no quedarás descontenta de mí.

Nellie rió suavemente, a la vez que se apeaba del taburete.

—Ven a mi casa y tomaremos juntos una copa.

—O dos —dijo Witt.



*

*

Mucho después, Nellie puso un cigarrillo entre sus labios y aspiró el humo con delectación.

—Justyn, ¿a que no te imaginas dónde he estado? —preguntó.

Witt se hallaba sentado en un diván, con un cigarrillo en una mano y una copa en la otra. Tenía cruzadas las piernas y contemplaba casi extático a la hermosa mujer que tenía frente a sí, cuyo cuerpo se hallaba cubierto por una *negligée* de tules muy transparentes.

—No, no me lo imagino, pero tú eres un poco inquieta

—

contestó.

—Con lo cual quieres dar a entender que he viajado mucho durante

estos

meses.

—Casi un año, Nellie.

—Bien, el tiempo de ausencia no importa; es menos de un año... Pero, vamos a ver, di
un lugar. .

—No lo sé, hay tantos... Tal vez has hecho una excursión a las lunas de Júpiter.

—Oh, eso está ya pasado de moda. Los hoteles de Ganimedes están medio vacíos... Hasta los anillos de Saturno han perdido interés para los turistas espaciales.

—Bueno, pues ya dirás tú algo. Mi imaginación, en este sentido,

es

más

bien

pobre.

Nellie rió muy levemente. Dejó el cigarrillo a un lado y luego permitió que la bata de encajes resbalara por sus hombros, aunque

quedando sujeta por los antebrazos.

El hermoso torso de la mujer quedó enteramente al descubierto. Luego, Nellie movió la mano derecha y todo un sector de su pecho, desde el borde inferior de los senos hasta casi el ombligo, giró suavemente, dejando el interior al descubierto.

Witt se puso en pie de un salto. Gritó horrorizado.

Luego, de repente, sintió una náusea horrible y tuvo que echar a correr al cuarto de baño.

Regresó poco después, limpiándose los labios con un pañuelo. Nellie le miró furiosamente.

—Has vomitado —dijo.

—¿Y quién no vomitaría? —contestó él de mal humor, a la vez que agarraba su chaqueta y se dirigía hacia la puerta—. ¿Cómo diablos has podido...?

—¡Quiero vivir muchos cientos de años! —gritó ella—. Sí, estoy robotizada, pero... ¿no te he demostrado también que soy una mujer?

En aquellos instantes, Witt se acordó del profesor Rachid y sus disparatadas teorías sobre el robotismo.

—No me gustan las máquinas, por muy bello aspecto que tengan —contestó con crudeza.

Salió a la calle. Buscó un local adecuado y se tomó cuatro copas casi seguidas. Nunca había recurrido al alcohol como remedio para sus problemas, pero la ocasión lo merecía, se dijo.

Bebió más. Otro borracho le insultó. Witt se sentía muy furioso y le pegó. El otro respondió con un notable vigor, en el que el alcohol ingerido tenía una notable participación. El resultado de aquella pe- lea fue la intervención del comisario Gilles al día siguiente.

Gilles sonrió divertido al ver a su amigo con las ropas casi destrozadas y un ojo a la funerala.

—La pillaste buena —dijo.

—Sí —admitió Witt—. Oye, la multa pueden cobrarla de mi cuenta...

—No te preocupes, Justyn, eso ya está solucionado. Pero tú no eres hombre que se emborrache y empiece a pelear y romper muebles cada día. A ti te pasó algo muy gordo.

Witt miró a su amigo con el único ojo útil en aquellos momentos.

—Si te contase lo que me pasó, vomitarías —dijo.

—Vamos, vamos, no exageres...

—¿Qué dirías si estuvieses con una mujer y te enterases de que no es más que una máquina?

Gilles frunció el ceño. El alcohol había dañado el cerebro de su amigo más de lo que se había imaginado.

—Será mejor que vayas a tu casa y descanses —aconsejó.

—Es lo que pensaba hacer, Guy. Gracias otra vez. Witt no insistió.

¿Quién iba a creer su fantástica
historia? Nadie.

Incluso, él mismo, dudaba ahora de que lo que había visto no fuese sino una ilusión óptica.

Quizá Nellie le había engañado.

O drogado.

Hubo un tiempo en que Nellie se aficionó un tanto a las drogas alucinógenas. Luego se curó, pero ¿no habría vuelto a recaer?

En tal caso, cabía que le hubiese propinado una pequeña dosis, sin él saberlo...

Witt procuró apartar aquellos pensamientos de su cerebro.

—O me volveré loco —concluyó sus poco agradables reflexiones.

*

*

*

Witt llegó al remanso y lanzó un grito:

—Eh, ¿hay alguien bañándose?

Nadie contestó, lo que le hizo preparar inmediata mente los trebejos de pesca. Momentos después, lanzaba el anzuelo.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, Witt oyó una voz femenina:

—¡Hola!

Witt se levantó de un salto.

—¡Señorita Duncan!

Evalee sonrió hechiceramente.

—No se levante por mí, hombre; siga pescando —dijo.

—Gracias. ¿Le gustaron las truchas?

—Estaban muy buenas. Ojalá tenga hoy tanta suerte como el otro día.

—Lo intentaré —sonrió Witt, mientras volvía a lanzar el

anzuelo.

—Le diré una cosa: yo probé a pescar, pero fracasé rotundamente. Si no le importa, me sentaré a su lado para aprender.

—Bueno, a fin de cuentas, ésta es su propiedad. ¿Tiene noticias de su padre?

— No.

Witt miró de reojo a la muchacha. Evalee vestía de la misma forma que la vez anterior, aunque ahora llevaba recogido el pelo en un gran moño, sujeto con una cinta negra. La blusa, sin embargo, era algo más ajustada y hacía resaltar las suaves turgencias de un busto de diosa.

—Hablé con un comisario amigo mío —dijo él—. Dijo que tal vez su padre había emprendido un viaje secreto de negocios.

—En tal caso, habría enviado algún mensaje, en la clave comercial acordada, algo le ha sucedido y lo peor es que lo ignoramos.

—¿Por qué no lo ha denunciado a la policía?

—Hay una agencia privada que investiga en secreto. No queremos que se divulgue la noticia. Las acciones bajarían espectacularmente, en tal caso.

—Sí, comprendo.

—Cada vez me siento más preocupada. Empiezo a temer lo peor —confesó Evalee.

—¿Un secuestro?

—Sí.

—En tal caso, ¿por qué no han pedido rescate?

—No lo entiendo. Ese es el enigma, señor Witt. Ojalá alguien pidiera un rescate; al menos, así tendríamos noticias de mi padre.

—Aparecerá cuando menos se lo piense —dijo él, para animarla.

Evalee guardó silencio. Witt no quiso hablar; sus palabras no sólo no conseguían el efecto deseado, sino que conturbaban todavía más a la muchacha.

Transcurrió un buen rato. Witt pescó cuatro truchas.

—Lo hace muy bien —sonrió Evalee—. ¿Le importa que me las lleve? Puedo prepararlas para el almuerzo, si no tiene inconveniente en acompañarme.

—Al contrario, será un placer —aceptó él.

—Venga dentro de media hora,
señor Witt. Evalee se alejó.

—Pues no es la mujer fría y orgullosa que dicen —comentó para

sí.

Treinta minutos más tarde, subió por el sendero y llegó a la ca-



baña. Cuando se disponía a llamar, oyó ruidos y voces de queja.

Abrió la puerta. Dos hombres forcejeaban con Evalee, a la que empujaban hacia la puerta. Ella se resistía desesperadamente. Una mordaza en la boca le impedía gritar. Su blusa aparecía rasgada.

Los intrusos se sorprendieron al ver a alguien con quien no contaban. Uno de ellos soltó a Evalee y se arrojó contra el recién llegado.

Witt solía ser hombre expeditivo en ocasiones. Alzó el pie derecho y golpeó brutalmente el vientre del sujeto. Oyó un ruido extraño, pero no se preocupó de más, puesto que veía desplomarse a su ad- versario.

El otro actuó de una forma completamente inesperada. Soltó a Evalee y arrancó con tremendo ímpetu, golpeando con la cabeza uno de los hombros del joven, Witt salió despedido a un lado, chocó contra la puerta v perdió parcialmente el equilibrio. El individuo escapó a la carrera.

Witt se incorporó. Antes de que pudiera hacer nada el atacante saltó a un aeromóvil situado en la trasera de la cabaña, y huyó a toda velocidad.

Al ver que sus esfuerzos iban a ser inútiles, Witt corrió hacia la joven Evalee se había quitado ya la mordaza. Ahora cubría su pecho con ambas manos.

—Está bien, supongo —dijo él.

—Sí —contestó Evalee, muy pálida todavía.

—Póngase ropa nueva.

Ella desapareció en el interior de la cabaña. Witt puso en orden algunos muebles caídos durante la corta refriega. Luego fijó la vista en el hombre que yacía en el suelo.

—Tal vez este tipo nos diga algo cuando despierte —murmuró, mientras preparaba un poco de licor para Evalee.

CAPÍTULO III

La joven reapareció minutos después. Witt le entregó la copa.

—Gracias —dijo Evalee—. Su llegada no ha podido ser más oportuna.

—Querían raptarla, me imagino.

—Yo también pienso lo mismo, pero, es curioso, ninguno de los dos dijo nada acerca de sus intenciones. Simplemente, uno de ellos preguntó si yo era Evalee Duncan y, al contestar afirmativamente, se arrojaron sobre mí. Eso es todo lo que sé.

—Bueno, aquí tenemos a uno que nos dirá algo, cuando despierte

—sonrió Witt.

—¿Cree que despertará? A mí me parece...

Witt volvió la vista hacia el caído, quien continuaba en la misma postura, los ojos y la boca abiertos y sin que se apreciasen en su pe- cho síntomas de respiración.

—No es posible. Un simple puntapié en el vientre —dijo, des-

concertado.

De pronto, se arrodilló junto al caído y buscó su pulso en la muñeca izquierda. La piel, advirtió de inmediato, tenía una extraña frialdad.

Puso la mano en el pecho. Tampoco captó el menor síntoma de

un corazón en movimiento.

—Usted no es culpable —dijo Evalee—. Simplemente, trató de defenderme...

—¿Había visto a estos sujetos en alguna ocasión, antes de ahora?

— preguntó él.

—No, nunca —contestó la joven rotundamente.

—Resulta extraño. La frialdad, después de la muerte, no sobreviene en tan pocos minutos.

Evalee se agachó un instante y puso su mano en la mejilla del muerto.

—Hombre, no está tan frío...

—La temperatura, de todas formas, es muy baja y eso no es normal en una persona que lleva muerta menos de diez minutos.

—Bien, supongo que los médicos harán la autopsia y dirán claramente cuáles fueron las causas de su muerte. En todo caso, yo declararé con toda puntualidad lo que ha ocurrido.

Witt se había puesto en pie y aparecía sumamente preocupado. Ella le dirigió una sonrisa amistosa.

—Siento que todo esto haya pasado por mi culpa —dijo.

—Eso no debe preocuparle en absoluto. Tendré algunas complicaciones, pero no me sucederá nada al final. .Ahora bien, si me permite, retiraré el cadáver de este sujeto a un lado, ya que está casi atravesado en la entrada.

Evalee no puso ninguna objeción. Witt se inclinó y agarró al inerte sujeto por debajo de los sobacos.

—¡Demonios, esto sí que es pesar como un muerto! —exclamó, sorprendido.

Jadeaba, cuando se incorporó después de arrastrar aquel cuerpo sólo tres o cuatro pasos. Evalee le miraba de una forma extraña.

Sobrevino una pausa de silencio. De pronto, Witt se sintió acometido por una extraña sensación.

—Traiga un cuchillo, por favor —pidió.

—Oiga, no irá a echarle las tripas al aire, aquí mismo...

—No tema, sólo quiero hacer una sencilla prueba.

Ella se encaminó a la cocina, para volver unos segundos más tarde. Witt rasgó las ropas y dejó el torso al descubierto.

Pinchó un poco con la punta del cuchillo.

—Todavía tendría que salir sangre —dijo.

—La piel parece intacta —observó Evalee. Witt puso la mano en el pecho desnudo.

—La temperatura continúa idéntica —murmuró.

De pronto, arrodillado como estaba, miró a su alrededor.

—Si tuviese una lupa...

—Hay un par de prismáticos —indicó ella—. Uno de los objetivos puede servir de lupa.

—Tráigalo, por favor.

Momentos más tarde, Witt examinaba minuciosamente la epidermis del tórax. De pronto, insertó la punta del cuchillo en un determinado lugar del costado derecho y empujó hacia arriba.

Evalee lanzó un agudo grito de horror, a la vez que retrocedía unos pasos, Witt se incorporó lentamente.

—Lo había presentido —dijo, mientras contemplaba el interior del torso del cadáver—. Era un hombre robotizado.

*

*

*

Aquella misma noche, Witt desembarcó de un aeromóvil, en unión de un hombre de unos cuarenta años, de regular estatura y rostro inteligente.

—Señorita Duncan, le presento a mi amigo Jack MacThait —dijo—. Jack, Evalee Duncan.

—Encantado, señorita —saludó el amigo de Witt.

—Es un placer, señor...

—Llámele doctor —corrigió Witt—. Jack es una autoridad en biocibernética.

—Oh —exclamó ella, sorprendida.

MacThait sonrió.

—También puede llamarme Jack —dijo—. Bien, ¿dónde está tu hombre robotizado, Justyn?

Witt llevó a su amigo hasta una de las habitaciones de la cabaña, en la que había un bulto cubierto con una sábana. MacThait se arrodilló, levantó una punta del tejido y contempló largamente el cuerpo que había debajo.

—Tendría que llevármelo a mi laboratorio privado —dijo.

—¿Habrá seguridad, Jack?

—Absoluta, sobre todo, si hacemos el traslado esta misma noche.

—Entonces, no se hable más. Witt se volvió hacia la joven.

—Me fastidia mucho dejarla sola aquí, pero no tengo otro remedio —manifestó—. De todos modos, he traído algo que le servirá de protección.

Witt salió de la cabaña y volvió a poco con dos cosas; una pistola y una maleta negra. Trabajó activamente durante unos minutos y luego indicó a la joven una caja de color rojo que había dejado sobre un estante.

—He puesto en el tejado una alarma invisible, que detectará a cualquier intruso que se sitúe a cincuenta metros de la casa. Usted oirá la alarma y podrá usar la pistola, si es necesario.

—De acuerdo —contestó Evalee.

—Cuando salga de paseo, llévese el arma, pero no importa que se deje la alarma conectada.

—Entendido.

—Llamaré con frecuencia...

—Lo siento, no tengo videófono. No quise que lo instalaran cuando hice construir la cabaña —declaró la joven.

—Traeré un transmisor de radio en cuanto pueda. No puede permanecer absolutamente aislada del mundo.

Evalee suspiró.

—Esta soledad me convenía muchísimo —se lamentó.

—Lo siento —dijo él.

Momentos después, los dos hombres partían a bordo del aeromóvil, llevándose el cuerpo del hombre robotizado. Mientras volaban, Witt empezó a pensar que sería conveniente hacer una visita a determinada persona que podría facilitarle alguna pista sobre el particular.

*

*

*

La puerta se abrió. Nellie Ackerman contempló con ojos incrédulos a su visitante.

—¿Vienes a vomitar? —preguntó, displicente.

Witt contempló a la hermosa mujer por encima del enorme ramo de flores que portaba con ambas manos.

—Temo que mi comportamiento del otro día no haya sido demasiado correcto —dijo—. Quizá es que no supe estar a la altura de las circunstancias.

—Estuviste a la altura del barro, Justyn.

—Te pido me excuses, con toda humildad.

Nellie vaciló un momento, pero, al fin, halagada en su vanidad, acabó por sonreír y echarse a un lado.

—Anda, entra, pedazo de tonto —dijo—. Puedo llevar algunas máquinas dentro, pero sigo siendo mujer.

—De pies a cabeza —rió él.

Las flores cambiaron de mano. Nellie aspiró el perfume largamente.

—Puedes servirte de beber —indicó.

—¿Quieres tú?

—Estoy robotizada, pero eso no significa que no pueda apreciar las cosas buenas —contestó Nellie.

—Es lógico. ¿Jerez? —sugirió él.

—Prefiero málaga, querido.

—Sí, como gustes.

Mientras llenaba las copas, Witt contempló de reojo a su anfitriona.

Como de costumbre cuando estaba en casa, Nellie vestía ropajes que dificultaban muy poco la contemplación de su espléndida anatomía. ¿Era posible, se dijo, que aquella hermosa mujer fuese también una máquina viviente?

Pero días atrás había sido una mujer ardiente, apasionada, voluptuosa…

Nellie sonrió al tomar la copa.

—¿Qué tal me encuentras? —preguntó.

—Maravillosa, seductora —contestó él.

—Hace muy poco pensabas de forma muy distinta.

—Nellie, perdona la franqueza, pero tú eres escasamente diplomática. ¿Por qué no me diste la noticia de un modo gradual?

—Es posible que tengas razón; no lo hice bien. Pero ya lo has olvidado, ¿no?

Ella había dejado la copa a un lado y puso los brazos en torno al cuello del visitante.

—Tendrás que ayudarme a olvidarlo —sonrió Witt.

Nellie le besó.

—¿Son mis labios los de un robot? —preguntó, insinuante.

—Nunca he besado a un robot —dijo él.

—Eres un... pequeño canalla... —Nellie frotó su nariz con la del joven—. Debieras imitarme, Justyn.

—¿En qué sentido, preciosa?

—Haz que te roboticen, hombre

—Pero eso debe doler muchísimo.

—Nada, Justyn. ¿O es que crees que te lo hacen a lo vivo?

—Sí, ya me supongo; una buena anestesia...

—Exactamente.

—Y... ¿cuesta mucho la operación?

—Depende. Seis, ocho meses, según el sujeto, claro.

—Pero yo me refería al dinero, Nellie.

—Cuesta caro, es cierto, aunque si quieres, puedo prestártelo. Ya sabes que mi posición económica es buena.

—Magnífica, diría yo —rió Witt

Conocía a Nellie desde hacía algunos años Su esposo había fallecido en un accidente dejándole una inmensa fortuna. Ella no había querido reincidir en el matrimonio. Prefería conservar su libertad.

—¿Cuánto, Nellie?

—Un cuarto de millón.

—¿Resultados garantizados?

—Mírame, querido.

Witt retrocedió un par de pasos y la contempló de pies a cabeza. Ella tenía a sus espaldas una lámpara, con lo que su cuerpo quedaba en silueta al contraluz.

Era una forma muy hábil de hacer resaltar sus inusables encantos, pensó Witt. Por otra parte, Nellie lo hacía siempre que se le presentaba la ocasión.

—Dime una cosa, guapa —solicitó.

—¿Sí?

—¿Sigues conservando las sensaciones corporales?

—¡Todas! —respondió ella triunfalmente.

Witt se acordó de un punto que alguien había mencionado años atrás.

—¿Incluso el olfato?

—No, ese sentido queda muy disminuido, aunque puedo percibir olores, especialmente intensos. Pero todos los demás sentidos persisten.

—¿Y comer y beber?

Nellie volvió a acercarse al hombre.

—¿Por qué hablar ahora de estas cosas? —dijo, seductora.

—Espera, espera un momento —rogó él—. Nellie, dime, ¿dónde te robotizaron?

—¿De veras quieres saberlo?

—Sí.

—Eso significa que también piensas pedir que te roboticen.

—Claro. ¿No dices que se puede vivir seis o setecientos años?

—Sin duda alguna, Justyn —respondió ella, con ojos brillantes de satisfacción.

—Muy bien, en tal caso, dime dónde te... «operaron».

—Sí, querido. Fue...

Nellie se interrumpió de súbito.

Una horrible mueca distorsionó sus facciones, a la vez que emitía un ronco grito, que no tenía nada de humano. Soltó a Witt y retrocedió, contorsionándose como poseída por un horrible sufrimiento.

Chispas azuladas brotaron de su boca, con restallantes chasquidos. Sus brazos se retorcieron como si bailase una danza macabra.

Una de sus piernas se levantó súbitamente, rebasando la altura de la cintura. Nellie quedó apoyada solamente en el pie derecho.

Giró un poco.

Gritaba horriblemente.

Su boca lanzaba chispas al mismo tiempo. Era una espeluznante mezcla de sonidos: gritos y chasquidos.

Cayó al suelo. Una columnita de humo brotó de su vientre.

Witt se sentía aterrado, sin saber a qué obedecían aquellos extraños fenómenos. De pronto, notó que se expandía por la estancia un horrible hedor.

La carne de Nellie se volvía roja. Gotas de una sustancia extraña brotaban por todos los poros de su piel.

Los gritos y los chispazos habían cesado ya. Horrorizado, Witt se dio cuenta de que ahora salía humo incluso por los ojos.

Y aquel repugnante hedor...

Olor a carne quemada.

De pronto, Witt salió de la morbosa inmovilidad en que había caído y corrió hacia la cocina, de la que volvió a poco con un gran cubo lleno de agua.

El agua cayó sobre el cuerpo que se quemaba, pero no apagó el fuego, sino todo lo contrario; de pronto, se encendió una enorme llamarada y Witt apenas si tuvo tiempo de escapar de la casa.

CAPÍTULO IV

El comisario Gilles miró severamente a su amigo.

—La historia que me has contado es pura fantasía —dijo.

—Pero, Guy, yo estaba allí... Yo la vi quemarse viva...

Gilles tomó unos papeles que tenía sobre su mesa.

—Herida causada en la nuca, por caída, debido a embriaguez —recitó—. Este es el informe de mis subordinados, de acuerdo con el del médico que te atendió

—Guy, alguien me atacó y me golpeó en la cabeza. Luego, seguramente, derramó sobre mí un frasco de licor...

—Lo siento, Justyn; soy buen amigo tuyo, pero eso no significa que deba tomar tu historia en consideración. Hace una semana te emborrachaste también y organizaste una buena en un tugurio. Diablos, tú no necesitas beber de esa manera, muchacho.

Witt se puso en pie, con aire de dignidad ofendida.

—No me crees y no te lo reprocho, pero, al menos, no te opondrás a que investigue por mi cuenta —dijo.

El policía se encogió de hombros.

—Siempre que no armes más pendencias...

—¡Te digo que Nellie Ackerman ardió delante de mis ojos! —gritó el joven, exasperado.

Gilles puso las manos sobre los hombros de su amigo.

—Últimamente habías trabajado mucho, tú mismo me lo dijiste en más de una ocasión. Sigue mi consejo: tómate unas buenas vacaciones y olvídate de todo —dijo con acento persuasivo.

—Pero, Guy, los bomberos tuvieron que encontrar a la fuerza restos_ de Nellie Ackerman...

—Justyn, la señora Ackerman vivía en un departamento construido según ciertas normas muy rigurosas, de tal modo, que aunque arda todo lo que hay en su interior, el fuego no puede propagarse a los pisos contiguos, a menos que se quemen mil litros de petróleo y esa cantidad de combustible, hoy día, no se tiene en ninguna casa...,



ni siquiera se tuvo jamás en el pasado, cuando el petróleo era la

fuente de energía más importante. Sólo una tonelada de ese combustible habría hecho que la casa ardiera por completo.

—Bien, pero ¿qué quieres decir con algo que sé de sobra?

—Dos cosas: no se encontraron restos humanos en el departamento de la señora Ackerman. El fuego que se produjo allí, aunque muy intenso, no era suficiente para consumir de una forma absoluta todo un cuerpo humano.

—¡Ella era medio robot! ¡Yo mismo vi máquinas en su cuerpo!

—En tal caso, habrían quedado piezas metálicas y tampoco se encontró ningún rastro. Y, la segunda cosa quería decirte es que hemos investigado y sabemos positivamente que Nellie Ackerman emprendió un viaje turístico por Júpiter y Saturno hará unos siete meses. Todavía no ha vuelto, Justyn.

Witt inspiró con fuerza.

—Nada de lo que diga logrará persuadirte —murmuró—. Está bien, de todos modos, muchas
gracias.

—Vete una temporada al campo, Justyn —insistió el policía.

Sí, sería lo mejor, pensó Witt, mientras, abatido cruzaba la puerta del despacho.

De pronto, se acordó de Evalee Duncan.

*

*

*

Witt se puso las manos a ambos lados de la boca y lanzó un potente grito:

—¡Evalee!

La voz de la joven sonó instantes más tarde:

—¡Estoy en el agua! ¡Saldré en seguida!

Witt aguardó a la sombra de un frondoso álamo. Evalee llegó minutos más tarde, como de costumbre, retorciéndose el pelo para escupir
el

agua.

—Hola, Justyn —sonrió la joven.

—Lo siento, me retrasé —se excusó Witt.

—No tiene que disculparse. Usted tiene su trabajo...

—Acabo de empezar unas vacaciones. Si no le importa, acamparé aquí, a la orilla del arroyo.

Evalee le miró sorprendida.

—No tengo inconveniente, claro, pero me extraña...

Witt suspiró.

—Usted no conoce las últimas novedades —dijo.

—Más de lo que se piensa, Justyn. Fui al pueblo y me compré un televisor. He oído los noticiarios. Uno de los comentaristas le puso verde.

—Sí, aparentemente, tenía motivos.

—Dijo que ocho días antes usted se había emborrachado, organizando una pelea con otro tipo ebrio y que entre los dos destrozaron media taberna. Una semana más tarde, pilló otra buena y...

—La primera parte es cierta; la segunda, una mentira, aunque con todos los visos de la verdad.

—Justyn, usted no parece tipo capaz de hacer ciertas cosas —dijo ella—. ¿Qué le sucede?

—Está relacionado con el hombre robotizado que se llevó mi amigo a su laboratorio.

—Interesante —comentó Evalee a media voz.

—Hace algo más de una semana, estuve con una antigua conocida, joven, hermosa y adinerada. Pasamos una velada muy agradable, no tengo por qué ocultarle la verdad, pero luego, no sé por qué, ella me... me enseñó lo que llevaba dentro de su cuerpo. Disculpe la rudeza, pero tuve que vomitar.

—¡Estaba robotizada! —adivinó Evalee, llena de horror.

—Justamente. Por eso sospeché algo del secuestrador muerto. Pero hay algo que no acabo de comprender, Evalee.

—¿Qué es, Justyn?

—La piel del secuestrador estaba fría, no helada, aunque sí menos que tibia. Sin embargo, la piel de Nellie Ackerman tenía una temperatura normal. Incluso anteayer, cuando estuve con ella.

—Ah, volvió a verla.

—Sí. Yo quería saber…, pero Nellie murió de una forma espeluznante, cuando se disponía a contármelo todo.

Witt habló durante largo rato. Al terminar, Evalee se sentía aterrada.

—Es… increíble —dijo—. Parece una historia fantástica…

—Lo peor de todo es que nadie se lo creerá. Después del incendio, no se encontró el menor rastro de Nellie.

—Si estaba robotizada, tendrían que quedar piezas metálicas, Justyn.

—Es lo que yo dije, pero, según mi amigo, el comisario Gilles, no se encontró el menor rastro humano o mecánico.

—De modo que ella le iba a indicar el lugar donde fue robotiza-

da.

—Sí.

—Y entonces empezó a arder...

—Primero gritó espantosamente. Luego salieron chispas eléctri-

cas de su boca. Después... aquel horrible olor a carne quemada...

—¡Basta, por favor, no siga! —pidió Evalee, espeluznada—. Me lo imagino de sobra, Justyn.

De pronto, chasqueó los dedos.

—¿Cabe la posibilidad de que Nellie fuese espiada por alguien? —sugirió.

—Es posible, aunque no me imagino quién pueda ser su vigilante.

—Justyn, a usted lo atacaron cuando salió de la casa.

—Sí, es cierto.

—Le dieron un golpe y luego derramaron sobre sus ropas una botella de licor.

—Exactamente.

—Entonces, ahí tiene el vigilante de Nellie.

—Tal vez habría un micrófono oculto en la casa —apuntó Evalee.

—Es muy posible, —admitió Witt—. Pero, si el espía me tuvo a su merced, ¿por qué no me asesinó?

—Acaso pensó que no le convenía un homicidio, Justyn.

Witt hizo una mueca.

—Tal vez. Un asesinato cerca de una casa en llamas, habría podido provocar una investigación muy perjudicial para alguien.

—Justyn, voy a darle un consejo: olvídese de todo una temporadita, al menos, hasta que su amigo el biocibernético nos diga algo sobre el robotizado individuo que se llevaron el otro día. ¿No ha dicho antes que se ha traído todo el equipo para acampar aquí?

—Sí, es cierto —sonrió él.

—Entonces, descanse. —Evalee se colgó súbitamente de su brazo—. Para que vea lo que le aprecio, quiero invitarle a comer conmigo.

Witt se volvió para mirar a la joven.

—Me habían dicho que era un témpano, Evalee —manifestó.

—Comentarios de algunos envidiosos —respondió ella desdeñosamente—. No soy mejor ni peor que otras mujeres de mi edad.

—Veintidós...

—Veinticinco en puertas, no me gusta ocultar los años —rió la joven.

—Pero está aquí, solitaria...

—¿No ha tenido usted jamás una contrariedad amorosa?

Witt lanzó un hondo suspiro.

—Hace algunos años —respondió.

—Entonces, hizo lo mismo que yo: procuró sobreponerse a la decepción.

—Lo conseguirá —aseguró él.

—No cabe la menor duda, Justyn.

—Por cierto, ¿qué noticias tiene de su padre? Evalee se puso seria.

—Ninguna —contestó.

Callaron unos momentos. Cuando ya llegaban a la casa, Evalee recordó algo.

—La alarma sonó hace dos noches. Era un lobo enorme, Justyn.

—¿Lo mató?

—No, el animal escapó apenas vio la luz en la casa. Sólo pude verlo, pero me pareció una fiera gigantesca.

—Hay lobos por estas montañas, en efecto. Quizá tenía hambre.

—Eso creo yo. De todos modos, hay otra clase de lobos que me preocupan más.

Witt asintió. Evalee decía la verdad.

Por la tarde, instaló su tienda de campaña a poca distancia del arroyo. Pasada la media noche, despertó al oír unos gruñidos en las inmediaciones.

Witt salió de la tienda. Delante de él, a unos metros de distancia, vio el fosforescente brillo de dos pupilas.

Durante unos largos segundos, hombre y fiera se contemplaron recíprocamente. Luego, Witt movió la mano:

—Ven aquí.

El lobo se acercó mansamente, moviendo la cola en señal de afecto. Witt le pasó una mano por el lomo.

—A partir de ahora, te llamarás «Wolfie», ¿entendido?

El lobo ronroneó suavemente. Witt volvió a palmearle el lomo. Era un animal gigantesco, de más de cincuenta kilos de peso y con unos colmillos de aspecto pavoroso.

—Échate ahí y vigila, «Wolfie» —ordenó el joven.

*

*

*

Por la mañana, Witt oyó un fuerte tintineo musical. La voz de Evalee sonó clara y fresca en la limpia atmósfera:

—¡El desayuno está listo!

—¡Vooooy...! —contestó Witt.

Se aseó rápidamente. Luego echó a correr hacia el sendero.

—Vamos, «Wolfie».

El lobo le siguió como un fiel amigo. Cuando llegaban a la cabaña, Evalee se asomó y lanzó un grito:

—¡Justyn! ¡Ese es el lobo...!

—No tema, sonrió él—, «Wolfie» es amigo. «Wolfie», saluda a Evalee.

El lobo alcanzó la veranda y se acercó a la joven. Ella contemplaba a la fiera con ojos de pasmo.

—Pero..., pero usted lo ha domado...

Witt sonrió.

—Sospecho que no conoce bien mi profesión —dijo—. Soy zoopsicólogo.

—¿Cómo?

—Estudio la psicología de los animales.

—¿Y eso le permite domesticar a un lobo casi instantáneamente?

—Al menos, en el caso de «Wolfie», así ha sido.

De pronto, «Wolfie» lanzó un agudo aullido.

—Tiene hambre, Evalee —dijo Witt, sonriendo.

—Hay una pierna de cordero en el frigorífico...

—Yo se la traeré. Luego, si es necesario, volaré al pueblo para comprar más provisiones.

Evalee había puesto la mesa en la veranda cubierta de la cabaña. Mientras desayunaba, se estremecía de cuando en cuando al oír los chasquidos de los huesos entre las poderosas mandíbulas del lobo.

—Justyn, tiene que explicarme cuáles son los poderes mágicos que le han permitido domar a un lobo tan rápidamente —dijo al cabo de un rato.

—Es muy sencillo: vino a la tienda, gruñó, porque debía tener hambre, yo salí, le miré, penetré en su mente y le ordené que fuese mi amigo y amigo de mis amigos. Pero, si yo lo deseo, puede ser implacable con mis enemigos.

—No acabo de creérmelo. ¿Cómo es posible que haya podido penetrar en la mente de un animal?

—A decir la verdad, la palabra mente debe emplearse sólo cuando se utilice en el caso de seres humanos. Los animales tienen cerebro, pero no mente, que significa inteligencia; lo que sucede es que, por una especie de inercia, se usa esa palabra, cuando mejor se debiera decir cerebro con determinados instintos. Pero esto no son más que discusiones semánticas que, en el fondo, no tienen demasiada importancia.

—Sin embargo, resultan muy interesantes —sonrió Evalee, con los codos sobre la mesa y la barbilla apoyada en las manos.

—El caso es que esta facultad mía en parte es congénita —continuó el joven—. Cuando era un niño, descubrí que podía atraer, por ejemplo, a un pájaro cualquiera para que viniera a comer miguitas de pan en mis manos. Una vez conseguí domesticar a un gato, que era muy arisco, porque unos chicos lo habían torturado horriblemente... El gato se convirtió en mi mejor amigo, animal, claro, hasta que murió de viejo. Bien, cuando fui creciendo desarrollé también mis facultades intelectuales y pensé que debía dedicarme al estudio de la psicología animal..., y aquí estoy.

—Debo entender, sin duda, que también ha desarrollado su potencia mental, en relación con los cerebros animales.

—Algo sí, es cierto, aunque, en proporción, no mucho más que cuando era niño. Luego, el estudio ha hecho también bastante... Precisamente ahora acababa de terminar un libro sobre este tema...

—Pero usted penetra en la mente de los animales.

—Sólo en la de los que tienen un cerebro relativamente evolucionado. No puedo dar órdenes a una araña o a un gusano, por ejemplo, ni siquiera a una trucha.

—Y da sus órdenes de viva voz.

—Es el complemento de los mandatos psíquicos, emitidos en el mismo instante de dar la orden verbal. Esta no es sino la expresión sonora de una relación que afecta fundamentalmente al instinto del animal, en el que yace latente el nexo de obediencia al hombre, animal muy superior a él en todo. El hecho de que una fiera ataque a un ser humano no altera para nada esta ecuación, porque el ataque se produce solamente cuando el animal está verdaderamente hambriento y no tiene otra presa a mano o es hostigado.

«Wolfie» emitió un suave gruñido y se acomodó a los pies de la joven. Ella le pasó la mano por la cabeza.

—Está un poco sucio —dijo alegremente—. ¿Podré bañarle?

—Le ordenaré que se deje bañar —contestó Witt.

De pronto, se oyó un ligero tañido en el interior de la casa. Witt se puso en pie instantáneamente.

—Deje, yo atenderé la llamada —exclamó.

Entró en la cabaña, para salir a los pocos momentos, con el rostro cubierto de sombras.

—Mi amigo MacThait quiere que vaya inmediatamente —dijo—. Ha sucedido algo grave, aunque no ha querido darme más detalles.

—¿Quiere que le acompañe? Witt meneó la cabeza.

—No será necesario —contestó—. «Wolfie», cuida de Evalee. —Miró a la joven—. Será manso, mientras usted lo desee. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí. Justyn, llámeme por radio en cuanto sepa algo.

—Así lo haré, Evalee.

CAPÍTULO V

Los ojos de Witt recorrieron silenciosamente el nada agradable espectáculo que se apreciaba desde la entrada. El laboratorio era una masa de objetos ennegrecidos, cuando no calcinados de un modo absoluto.

—Por fortuna, la casa está un tanto separada del laboratorio —dijo el doctor MacThait—. De lo contrario, podría haber ocurrido una catástrofe, porque si bien es cierto que el edificio del laboratorio fue construido pensando ya en la posibilidad de un incendio y su estructura no se ha visto afectada, las llamas, en cambio, salieron por las ventanas, alcanzando grandes dimensiones.

—Sí, tu casa hubiera podido arder —convino Witt pensativamente—. ¿Cómo se inició el fuego, Jack?

—No tengo la menor idea. De repente, Ethel y yo nos despertamos, porque habíamos oído ruido de cristales rotos... Era la primera ventana que saltaba por la acción del fuego. Pero ya no se podía hacer nada por controlar las llamas.

—Del hombre robotizado, ni rastro, Jack.

—Ni rastro, Justyn.

—Es curioso, ha pasado lo mismo que con la señora Ackerman. Pero en este caso, ella estaba viva y nuestro robotizado estaba muerto.

—¿Hay alguna diferencia? ¡El incendio ha sido intencionado! —exclamó MacThait.

—Sí, pero no ha venido ningún incendiario con una lata de líquido inflamable.

—¿Qué es lo que tratas de decirme? —se extrañó el científico.

—Primero dime tú, qué habías averiguado, Jack.

—No gran cosa, aunque sí estaba en camino de llegar a la verdad.

Pero las grabaciones que hice, a medida que investigaba, se han quemado también.

—Es decir, empleabas cintas sonoras en lugar de apuntes en un cuaderno.

—Justamente.

—¿No tienes memoria, Jack?

—¡Hombre! —se sulfuró MacThait—. Pero si mi memoria fuese fotográfica, no habría necesitado de una grabadora.

—Es lo mismo; luego repetirás ante un micrófono todo lo que sepas. De todos modos, ese incendio prueba una cosa.

—¿Sí, Justyn?

—El sujeto experimental no estaba totalmente muerto, si es que se puede aplicar esta prueba a algo que no era enteramente un ser humano.

MacThait se quedó estupefacto al oír aquellas palabras. De pronto, su esposa Ethel salió a la puerta de la casa:

—¡El almuerzo está listo! —anunció.

—Una llamada que no se debe desatender jamás —exclamó Witt jovialmente.

Mientras almorzaban, continuaron discutiendo el tema. MacThait se mostró pasmado al conocer lo sucedido con la señora Ackerman.

Ethel, en cambio, tuvo una reacción típicamente femenina:

—Espero que esto te cure de tu afición a cierta clase de aventuras —exclamó—. Tienes treinta y cuatro años; ya es hora de que empieces a pensar en algo más serio. Los tiempos han cambiado, y la moral y las leyes han sufrido alteraciones muy importantes, pero hay algo que no cambiará jamás: un hombre, una mujer, una boda y los hijos.

—¿Dónde están los tuyos, Ethel? —sonrió Witt.

—En el colegio, claro. Pero pronto les obsequiaremos con un hermanito, ¿verdad, Jack?

Witt meneó la cabeza.

—El día en que yo encuentre una mujer como Ethel...

De pronto, llamaron a la puerta.

—Ah —exclamó el joven—, ese debe ser el comisario Gilles. Mientras Ethel abría, MacThait, asombrado, inquirió:

—Justyn, ¿qué tiene que hacer en mi casa un comisario de polic-

ía?

—Pronto lo sabrás, Jack —respondió Witt.

*

*

*

Como Witt, Gilles se mostró enormemente asombrado al contemplar los resultados del incendio. Pero luego declaró francamente su enojo.

—Debieras haberme llamado, Justyn. Esto podría traerte complicaciones.

—Ah, entonces empiezas a creer en lo que te conté cuando se incendió el departamento de Nellie Ackerman.

Gilles emitió un bufido.

—Pero aquí tampoco han quedado pruebas —dijo.

Witt señaló a su amigo.

—¿Crees que el doctor MacThait es capaz de una supercheria? —preguntó.

—Está bien —dijo el policía—. Admitamos que todo esto sea cierto. Pero ¿cuál es su objeto?

—¿Objeto u objetivo?

—Creo que la diferencia no es tan grande...

—El objeto de robotizar a las personas puede ser satisfacer sus deseos de alargar la vida. El objetivo puede que sea muy diferente.

—¿Cuál es, entonces?

—Si Nellie y el secuestrador han muerto, indudablemente por una orden que alguien ha emitido desde un lugar cuya situación desconocemos, ¿no podrá igualmente darles otras órdenes, no mortales, pero sí perniciosas para el resto de los demás seres humanos, precisamente los no robotizados, como nosotros y tantos otros?

Gilles arqueó las cejas.

—¿Adónde quieres ir a parar, Justyn?

—Voy a darte un consejo... y te recomiendo que si, lo aceptas, lo pongas en práctica con la mayor discreción. Entérate de cuantas personas de relieve han permanecido ausentes durante los últimos

tiempos, supuestamente de vacaciones... Esas vacaciones han durado de seis a ocho meses, tal vez uno o dos más, Guy.

—¿Conoces alguna persona importante?

Witt apretó los labios.

—Por lo menos, una: Clark Webster Duncan —respondió.

—¡Caramba, un personaje de importancia! —se asombró Gilles. Witt se encaminó hacia la puerta.

—Y tiene que haber muchos más; me lo dice el instinto y, en este caso, creo que no me engaña —se despidió.

Witt sabía que su amigo haría algo, aunque no demasiado, atado por ciertos condicionamientos legales. En vista de ello, decidió actuar por su cuenta.

Una hora más tarde, estaba ante un sujeto grueso, calvo, de ojos porcinos y doble papada, que escuchó su relato con toda atención. A primera vista, Iván T. Philliner parecía un plutócrata, pero Witt sabía que era uno de los investigadores privados más sagaces y del que se decía no fallaba jamás uno solo de los casos que le eran confiados.

Philliner escuchó en completo silencio el relato que Witt le hizo de todo lo ocurrido hasta entonces. Cuando el joven hubo terminado, dijo:

—Mi factura le hará salir canas en el pelo, señor Witt; se lo advierto de antemano. He oído hablar de usted y, con brutal franqueza, no tiene dinero suficiente para pagarme. Soy carísimo, pero resuelvo los casos que se me encomiendan.

Witt pensó inmediatamente en Evalee.

—No se preocupe, ya hay una persona que se ocupará de abonar la minuta de honorarios —contestó.

—Y no aseguro nunca un tiempo determinado...

—Quiero resultados, señor Philliner. Dígame una cifra, por favor.

Witt se estremeció instantes después.

—Por lo menos, tengo para el anticipo —dijo.

Philliner leyó el cheque y se abanicó el rostro con él.

—El caso es terriblemente interesante —calificó—. Dedicaré todos mis esfuerzos a resolverlo. Witt añadió una nota escrita.

—Por ahora, estaré fuera de la ciudad —declaró—. Si necesita usar la radio, esa es la frecuencia de mi receptor.

—Está bien, señor Witt. Déjelo de mi cuenta.

*

*

*

Evalee salió del agua, deslumbrante de hermosura, como una diosa pagana, y dejó que el sol acariciase durante unos minutos su cuerpo, sembrado de gotas de agua que semejaban perlas. Luego se escurrió el cabello con las dos manos.

Entonces fue cuando se dio cuenta de que no estaba sola.

Inmediatamente, se apoderó de la toalla, colocándosela ante el cuerpo.

El hombre estaba a seis o siete pasos, mirándola de un modo extraño. Evalee se fijó en sus pupilas, casi incoloras, como dos trocitos de cuarzo transparente.

Era un sujeto muy alto, fornido, de rostro inexpresivo, aunque no desagradable del todo. Evalee calculó que debía tener unos treinta años.

Pero se sintió terriblemente irritada, al pensar en que el hombre había contemplado algo que no debiera haber visto. La había espiado mientras se bañaba...

De pronto, aquel sentimiento desapareció.

El hombre no mostraba la menor emoción. No sentía nada hacia ella, tanto si la veía vestida, como sin ninguna prenda sobre el cuerpo.

—Vístase —ordenó de pronto el desconocido.

—No —contestó ella.

—Vístase o la vestiré yo.

Evalee retrocedió un paso.

—Será mejor que se marche. Puede ocurrirle algo grave —amenazó.

El desconocido sonrió por primera vez.

—Está sola y no tiene armas —dijo.

—¿Seguro?

—Vamos, vístase.

De pronto, Evalee lanzó un agudo grito:

—¡«Wolfie», aquí!

El desconocido se sobresaltó. Un instante después, se oyó un ruido atroz.

Las matas cercanas crujieron. Una sombra de color gris rojizo cruzó el aire como un meteoro y se arrojó sobre el desconocido.

—¡Ataca, «Wolfie»! —gritó Evalee.

Pero era ya una orden innecesaria. El lobo saltó al cuello del desconocido.

Mordió, gruñendo horriblemente. El desconocido cayó de espaldas sobre la hierba.

Sus brazos se movieron un poco. Luego se tendieron a lo largo de los costados.

—Basta, «Wolfie».

La fiera se retiró, caminando hacia atrás. Evalee, llena de curiosidad, se inclinó sobre el desconocido, cuyo cuello se veía espantosamente desgarrado.

Sin embargo, no salía la menor gota de sangre. De pronto, Evalee advirtió una ligera columnita de humo que brotaba de la nariz del caído.

Witt le había relatado con todo detalle lo sucedido a Nellie Ackerman. Ahora, aquel cuerpo se iba a consumir también por el fuego.

De repente, se le ocurrió una idea. Tal vez pudiera evitarlo...

Tiró la toalla a un lado y se inclinó, para agarrar los tobillos del sujeto. Pesaba enormemente, pero ella tenía bastante fortaleza y, por otra parte, el río estaba a unos pocos pasos de distancia.

Tres o cuatro metros más adelante, Evalee empujó el cuerpo con un pie. El desconocido rodó por un sitio de cierta pendiente y acabó sumergiéndose en el agua, de la que brotaron inmediatamente grandes nubes de vapor.

Satisfecha, Evalee sonrió, mientras empezaba a vestirse. Luego se acercó al lobo y acarició su cabeza.

—Gracias, «Wolfie» —dijo—. Justyn tenía razón; eres mi mejor amigo.

«Wolfie» contestó con un alegre aullido.

*

*

*

Witt regresó al atardecer, cuando el sol se acercaba ya a las cumbres de las cercanas montañas.

—Traigo noticias —dijo él, mientras acariciaba la cabeza de «Wolfie».

—Yo también tengo una interesante para usted —manifestó Evalee—. Pero le dejaré que hable primero.

—Bien, antes de nada, debe saber que necesito su colaboración... económica. He contratado a un investigador privado, pero cobra unos honorarios estremecedores. Y la verdad, yo...

—No se preocupe por el dinero. Cuénteme todo, Justyn.

Minutos más tarde, Evalee estaba enterada de lo sucedido. Entonces fue cuando dijo:

—Ahora, acompáñame al arroyo. Quiero darle una sorpresa,

Witt caminó junto a la muchacha. «Wolfie» se movía silenciosamente delante de ellos.

Evalee se detuvo en la orilla.

—Ahí lo tiene —dijo.

Witt alargó un poco el cuello.

—¿Qué, Evalee?

—El hombre... el robotizado que intentó secuestrarme de nuevo —exclamó la joven—. Llamé a «Wolfie», el lobo acudió y lo mató. Luego, el hombre empezó a arder, pero para evitar que se consumiera, arrojé su cuerpo al agua.

—¿Aquí?

—Aquí, sí —dijo ella, levemente irritada—. ¿Es que no me cree?

—Evalee, no hay nada dentro del agua.

La joven lanzó una exclamación de sorpresa. Dio un par de pasos, miró hacia abajo durante unos segundos y luego se volvió hacia el joven.

—Hay un metro escaso de profundidad y la corriente no tiene fuerza suficiente para arrastrar un cuerpo que pesaba más de cien kilos y que, además, se hundió como un plomo —manifestó.

—Entonces, la explicación es bien simple: alguien vino y se llevó ese cuerpo.

—Pero yo... yo... —Evalee se sentía desconcertada.

—¿Ha permanecido aquí, vigilando durante todo el día?

—No, claro. Después de que arrojé el cuerpo al agua, volví a la cabaña y...

—Este lugar no se ve desde la cabaña. El arroyo, por otra parte, es vadeable. A cien metros de la orilla opuesta, veo una serie de lomas, con muchos árboles, las cuales pueden ocultar fácilmente un ae- romóvil. Mire aquella colina: desde allí, alguien vigiló sus movimientos en la cabaña, mientras sus cómplices se ocupaban de llevarse el cuerpo del hombre robotizado. ¿Lo entiende ahora?

Desalentada, Evalee dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.

—Entonces, ¿he perdido el tiempo? —se

lamentó. Witt sonrió afectuosamente.

—Hay dos cosas que se han demostrado de forma irrefutable: «Wolfie»: la ha protegido y usted está sana y salva —contestó.

CAPÍTULO VI

Evalee llenó los platos y luego se sentó frente al invitado.

—Creo que también ha quedado demostrada otra cosa —dijo.

—¿Sí?

—Ellos, quienquiera que sean, no están dispuestos a permitir que un ser robotizado caiga en manos ajenas. O les pegan fuego hasta que se consumen por completo o se los llevan.

—Muy cierto —convino Witt.

—¿Adónde, Justyn?

—Sólo puedo responderle de una forma, aunque quizá no le agrade demasiado: tenemos que esperar.

Evalee hizo un gesto de asentimiento.

—Lo comprendo perfectamente, pero... es terrible no saber nada de mi padre —contestó.,

—Philliner es lo mejorcito en su clase. El conseguirá noticias, aunque no puede garantizar un plazo determinado.

—Si ese hombre rescata a mi padre...

—Evalee, Philliner actúa de un modo muy peculiar. El no rescatará a su padre; simplemente, nos dirá dónde se encuentra. El resto correrá de nuestra cuenta.

—La policía...

—En otras circunstancias, la utilizaríamos, que es lo que suelen hacer la mayoría de los clientes de Philliner. Pero creo que será mejor que actuemos nosotros mismos, una vez conocido el paradero de su padre.

—Si piensa que eso es lo mejor...

—Usted también tiene que dar su opinión, Evalee.

Ella esbozó una sonrisa.

—Confío plenamente en usted, Justyn —respondió—, ¿Cómo no confiar en el hombre que amansa a las fieras de forma poco menos que milagrosa?

—Esto es más bien un don de Dios que un arte adquirido, aunque he de admitir que lo he desarrollado mucho gracias al estudio y la investigación.

—Yo tengo que felicitarme de haberle encontrado a usted. ¿Sabe?, casi empiezo a olvidar los motivos que me trajeron a esta cabaña.

—¿Le quería mucho, Evalee?

Ella hizo un signo de asentimiento.

—Sí —contestó.

—Se fue con otra.

—Oh, no, en absoluto. Era comandante de astronave. Murió por salvar a un compañero, perdido en el Valle de la Espada, de Titán.

—Lo siento, Evalee.

—Era un hombre maravilloso. Jamás le olvidaré..., pero creo que también tengo que pensar un poco en mí misma.

—La vida debe proseguir; eso es algo inevitable.

Después de la cena, salieron un rato a la veranda, en donde charlaron apaciblemente. Luego Witt se despidió de la joven y se encaminó con «Wolfie» hacia su tienda de campaña.

Transcurrieron varios días. De pronto, Witt recibió una llamada por radio.

Era de su amigo el policía.

—Creo que estás en un sitio donde se pescan truchas casi con la mano. Mañana iré a pasar el día contigo, Justyn.

—De acuerdo, Guy.

Witt cerró la comunicación y se volvió hacia Evalee, que había estado presente durante el breve diálogo.

—Mi amigo es listo —declaró—. Tiene que decirnos algo importante y emplea el pretexto de la pesca para venir a vernos.

Gilles llegó al día siguiente, como había prometido, con su atuendo y equipo de pescador. Su asombro fue enorme al ver a «Wolfie».

—¡Caramba, vaya perrazo! —exclamó.

—Es un lobo, Guy —sonrió Gilles.

—Oye, tú estás de broma...

—Es un lobo —confirmó Evalee.

Gilles miró a «Wolfie» con ojos aprensivos.

—Da miedo —dijo.

—Es amigo —sonrió Witt—. Bien, ¿cuál es la noticia? Suéltala, Guy; nos tienes sobre ascuas.

—He dejado el servicio activo, Justyn.

—¿Cómo? —Witt respingó—. ¿Te han expulsado?

—No, no me he explicado bien. Quiero decir que ahora estoy detrás de un escritorio. Me han asignado a trabajos simplemente burocráticos; altas, bajas, nóminas de personal...

—Pero... tú eres un buen investigador... Gilles sonrió tristemente.

—Así lo creía yo, pero, por lo visto, hay quien piensa todo lo contrario, Justyn —respondió.

—¿No ha podido hacer nada para conservar su puesto? —preguntó Evalee.

—Señorita Duncan, hay ciertos aspectos de la vida que son inmutables y resisten el paso de los tiempos. Quiero decir que, cuando se tienen mujer e hijos hay que obedecer o dimitir.

—Entiendo —murmuró ella.

—Guy, tengo la sensación de que alguien se ha dado cuenta de que metías la nariz donde no debías —dijo Witt.

Gilles hizo una mueca, que quería ser una sonrisa de aquiescen-


cia.

—¿Quién ha sido? —preguntó el joven.

—Mi inmediato superior, el capitán Bodd, me comunicó la orden,

emitida por el comisionado Evans en persona, es todo lo que sé.

—¿Garry Emerson Evans? —dijo Evalee.

—El mismo, señorita. Parece que lo conoce. Evalee sonrió extrañamente.

A

—Un poco —contestó—. En los tiempos actuales, muchos dicen que ya no se llevan estas cosas, pero mi madre era un poco anticuada. Evans me apadrinó en el bautizo.

—Bonita sorpresa —comentó Witt.

—Yo le suelo llamar tío. Es un gran amigo de mi padre...

—De quien, por cierto, no se sabe nada —manifestó el policía—, pero, de todos modos, Justyn, he conseguido una lista de personas que permanecieron inexplicablemente ausentes durante un período de seis a ocho meses. El mismo comisionado contrajo una grave enfermedad y fue sustituido durante siete meses y dos semanas.

Witt y Evalee cambiaron una mirada.

—Debemos hacer una visita a su padrino —dijo él.

—Sí, Justyn.

—Guy, dame la lista de esas personas —pidió el joven—. Evalee, usted y yo nos iremos ahora...

—Permítame una objeción, Justyn —le interrumpió ella—. Iremos el sábado, a la residencia donde mi padrino pasa los fines de semana. Creo que la entrevista resultará más interesante en una casa particular, que no en el despacho oficial.

—Completamente de acuerdo, Evalee—accedió Witt—. Guy, vamos a pescar; creo que necesitas relajarte un poco.

Gilles suspiró largamente.

—No te lo puedes imaginar siquiera —contestó—. Incluso pienso quedarme aquí el resto de la semana.

*

*

*

Una elegante dama recibió a los inesperados visitantes. Las muestras de afecto hacia Evalee resultaban inequívocas.

—Mi esposo está con unos amigos, conferenciando sobre política —dijo la señora Evans—. No sé cuánto

tardarán…

—No te preocupes, Mildred —contestó Evalee—. Esperaremos. ¿Verdad, Justyn?

—No tenemos prisa —sonrió el aludido.

La señora Evans sirvió bebidas a los visitantes. Luego se alejó con la excusa de que tenía otros invitados a quienes atender.

—Se dice que los fines de semana son para descansar, pero el sábado y el domingo son los días en que más trabajo tengo. No sé cómo nos las arreglamos; siempre hay gente en esta casa...

Witt y la joven quedaron a solas en un saloncito íntimo. Afuera se oían risas y voces de los invitados.

—Vive bien su padrino, Evalee —comentó él.

—Siempre tuvo una buena posición económica, pero así como

mi

padre derivó hacia los negocios, él prefirió la política.

—Y debe de tener, supongo, aspiraciones de más altos vuelos.

—Ahora es comisionado, más tarde gobernador... Un día llegará a ministro...

—Y puede acabar como presidente de un gobierno terrestre.

—No es el único en pensar de ese modo. Todos los políticos tienen las mismas ambiciones —dijo Evalee, con la copa cerca de los labios.

El comisionado Evans hizo su aparición unos treinta minutos más tarde. Besó a Evalee en una mejilla y estrechó con fuerza la mano que le tendía Witt.

—Es una verdadera sorpresa, muchacha —dijo Evans—. No te esperaba...

—Tío, el señor Witt quiere hablarte —le interrumpió

ella. Evans volvió los ojos hacia el joven.

—Bueno, me alegro de que empieces a olvidar —sonrió—. Lo del pobre Nelson fue una tragedia, desde luego, pero eres joven y muy guapa, y tienes derecho a buscar tu felicidad.

—Señor Evans, entre Evalee y yo no hay sino una buena amistad —puntualizó Witt.

—Oh —dijo el comisionado—, ¿Acaso han venido a pedirme un favor? Si está en mi mano, cuenta con ello, muchacha.

—Tío, el señor Witt quiere hacerte una pregunta —dijo Evalee.

—Está bien, adelante.

—Señor Evans, ¿qué enfermedad le hizo retirarse provisionalmente del cargo durante siete meses y pico?

Las cejas del comisionado se alzaron bruscamente.

—Joven, lo menos que puedo decir de esa pregunta es que resulta una impertinencia —exclamó.

—¿Acaso se ha sometido a una cura de rejuvenecimiento por robotización, señor?

Sobrevino una pausa de intenso silencio.

—Contesta, tío —pidió Evalee de pronto.

—Será mejor que salga de mi casa, señor Witt. En cuanto a ti, jovencita, el hecho de que seas mi ahijada, no te autoriza a tomarte ciertas libertades.

—¿Por qué no respondes a las preguntas del señor Witt, tío? —insistió ella, inflexible.

Evans dio unos pasos en sentido lateral. Antes de que pudiera oprimir el timbre de llamada que había sobre una mesa, Witt detuvo el gesto, aferrándole por la muñeca.

—¡Suélteme, miserable! —rugió Evans—. Muchacha, ¿qué clase de persona has traído a esta casa?

—Comisionado, ¿sabe usted lo que le pasó a la señora Ackerman? Tiene que estar enterado a la fuerza, puesto que está robotizado —dijo Witt.

—Usted no sabe lo que se dice...

De pronto, Witt soltó la muñeca del comisionado, mientras exhalaba una suave risita.

—Fíjese, Evalee, ni siquiera ha palidecido. ¿O quizá debiera haber enrojecido de ira?

Ella contempló fijamente el rostro de su padrino.

—Vámonos, Justyn —dijo de pronto.

—Puede llamar al mayordomo para que nos acompañe, señor Evans —se despidió Witt.

Cuando salieron de la casa, Evans no había dicho todavía una sola palabra.

—¿Adónde vamos ahora, Justyn? —preguntó la muchacha, cuando el aeromóvil despegaba del suelo.

—Necesito algunas cosas —respondió él—. Tengo que pasar por mi casa...

—Le acompañaré. No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que no me conviene quedarme sola,

Witt asintió, hondamente preocupado. Casi no hablaron durante todo el trayecto. Después de pasar por su casa, fueron a la residencia de Evalee, en donde ella llenó una maleta con nuevas prendas. Era bien entrada la noche cuando emprendieron el regreso a la cabaña.

«Wolfie» surgió de las sombras apenas pusieron pie en tierra. El lobo gruñía de una forma muy rara.

Evalee se asustó.

—Habrá recobrado su fiereza —dijo, Witt hizo un gesto negativo.

—No lo creo —contestó—. Ven, «Wolfie».

El lobo se acercó mansamente. De pronto, Evalee vio manchas de sangre en su pecho.

—Justyn, mire...

Witt se arrodilló y tocó los pelos con la yema de los dedos.

—Es sangre seca —murmuró—. Pero no cabe la menor duda de que ha atacado a alguien.

—Gilles se quedó aquí —recordó ella súbitamente.

Witt sintió un escalofrío. ¿Era posible que «Wolfie» hubiese atacado a alguien a quien ya debía conocer como amigo?

—Espere un momento —dijo—. Voy a buscar una linterna.

Entró en la cabaña y salió a los pocos momentos. «Wolfie» gruñó de nuevo. Súbitamente, trotó ladera abajo, pero desviándose del sendero.

A los pocos momentos, se detuvo detrás de unas rocas, medio cubiertas de vegetación. La luz de la lámpara alumbró el cuerpo de un hombre, desangrado a causa de las horribles heridas que los colmillos del lobo habían abierto en su cuello.

Junto al cadáver, Witt divisó un fusil de caza, con mira televisual. Un helado presentimiento oprimió su corazón.

Las rocas se hallaban a unos ciento cincuenta metros del arroyo. Witt y Evalee descendieron paso a paso, como retardando el momento supremo que sabían había de llegar inexorablemente.

Unos minutos después, encontraron un cuerpo tendido de bruces junto a la orilla del arroyo. La luz de la lámpara permitió ver los dos diminutos orificios que el proyectil había abierto en el cráneo de Guy Gilles.

Evalee se echó a llorar. Witt, después de unos segundos de quietud, consiguió recobrar la serenidad y se arrodilló junto al cadáver de su amigo.

El proyectil había atravesado limpiamente la cabeza de Gilles.

Witt había cazado alguna vez y sabía que el fusil del asesino utilizaba proyectiles muy pequeños, de cinco milímetros de calibre solamente, pero impulsados por un explosivo que le confería una altísima velocidad inicial. Una bala de aquéllas habría atravesado limpiamente el cuerpo de un paquidermo, cuanto más el cráneo de una persona.

La muerte de Gilles debía de haber sido instantánea. Ni siquiera había tenido tiempo de enterarse de lo sucedido.

Witt reaccionó a poco.

—«Wolfie», vete —dijo—. Vuelve cuando silbe. El lobo se perdió trotando en la oscuridad.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Evalee, mientras se enjugaba las lágrimas.

—Vendrá la policía. Harán preguntas y no quiero que maten a «Wolfie». A fin de cuentas, no hizo sino castigar un crimen miserable.

—Pero no llegó a tiempo...

—Estaría lejos de la cabaña; no le dijimos que se quedase aquí. Y, a fin de cuentas, no podemos mantenerle constantemente en cauti- vidad. Incluso podía estar con Gilles, pero si se dio cuenta de la presencia del asesino, ya era demasiado tarde para evitar el disparo.

CAPÍTULO VII

La policía vino, interrogó, buscó huellas y acabó por abandonar el lugar, llevándose dos cadáveres. Witt se marchó con ellos; creía su deber estar junto a la señora Gilles en aquellos momentos de tribulación.

Regresó dos días después.

—Todo sigue igual —dijo.

—¿No ha conseguido nada aún su detective?

—Tiene una pista..., pero no ha querido dar más detalles. Philliner no gusta de informar prematuramente; dice, y tiene razón, que así se evita fracasos. Ya nos avisará, no se preocupe.

Evalee estaba sentada en uno de los escalones de la veranda.

—Me gustaría hablar de nuevo con mi padrino —murmuró.

—Evans está robotizado —dijo él—. Pero eso no es todo y él, a fin de cuentas, no es un personaje demasiado importante. ¿Ha leído la lista que me dio el pobre Guy?

—No. ¿Quiénes figuran en ella?

—Entre otros, la mayoría de superior rango que su padrino, un tal Pierre Dubois.

—¡El ministro de Comunicaciones!

—El mismo, Evalee.

—Dios mío, pero eso es horrible...

—¿Empieza a comprender la vastedad de este plan?

—Creo que sí, aunque me da miedo sólo de pensarlo, Justyn.

—Personas de relieve, cargos de importancia...

—Dubois es uno de los candidatos a presidente mundial.

—¡Un robotizado, presidente de la Tierra!

—Si no lo evitamos, y no veo la forma, así será.

Guardaron silencio. De pronto, se oyó un aullido en las inmediaciones.

—¡Es «Wolfie»! —adivinó Evalee.

Witt se puso en pie en el acto.

—¡Aquí, «Wolfie»! —gritó.

De repente, se oyó un alarido desgarrador:

—¡Socorro!

Witt se precipitó hacia el lugar donde había sonado la voz, que ahora se mezclaba con unos atroces gruñidos.

—¡«Wolfie», déjalo! —ordenó.

Momentos después, llegó a un pequeño claro, en donde había un hombre tendido en el suelo. «Wolfie», a dos pasos de distancia, le miraba fieramente.

Había un fúsil de caza junto al individuo Witt se apoderó del arma sin vacilar.

—Levántese —ordenó.

El hombre, aterrado, obedeció. Su brazo izquierdo pendía laciamente a lo largo del costado. Gotas de sangre resbalaban por sus dedos hasta el suelo.

—Ha tenido suerte, amigo —dijo Witt—. Esa fiera pudo haberle cortado el cuello a dentelladas.

—Casi me ha cortado el brazo —se quejó el hombre.

—No irá a decirme que pensaba cazar a estas horas, ¿verdad? Y no veo por aquí ningún equipo de acampada, así que es fácil suponer cuáles eran sus intenciones.

—Ese hombre está herido —dijo Evalee—. Creo que debemos curarle, Justyn.

—Claro, no hay inconveniente. Además, hablará.

—No —contradijo el sujeto.

Witt se revolvió furioso hacia él.

—¿Quiere que le eche al lobo? ¡He amaestrado a ese animal y obedecerá sin vacilar la orden de atacar!

Los ojos del frustrado asesino contemplaron temerosamente la figura del lobo. «Wolfie» gruñía ominosamente a pocos pasos de distancia.

—Vamos, camine —dijo Witt, mientras empujaba a su prisionero con la culata del fusil.

Evalee vendó el brazo del herido, quien dijo llamarse Harvey Frost. En el botiquín había anestésicos y desinfectantes, con lo que Frost se sintió mejor poco más tarde.

—Pero no sé quién es el que me pagó —dijo.

—A ver, explíquese —pidió Witt.

—Me llamó por videófono y citó su nombre y el lugar donde podría hallarle a usted. Luego dijo que ya tenía en camino un sobre con dinero.

—¿Cuánto? —preguntó Evalee.

—Diez mil. Nunca cobro menos —respondió Frost.

—De modo que el sujeto que le contrató, dijo que yo estaría aquí…

—Así fue, señor Witt —admitió el asesino.

—Y le dijo que debía disparar contra nosotros —terció Evalee.

—No, él sólo mencionó un nombre. A usted no la citó para nada, señorita.

—Y… sin más, ¿fue capaz de venir aquí…? —se horrorizó ella.

—Cuando alguien me llama, da un nombre y su residencia, y me anuncia que ha enviado un sobre con dinero, yo ya sé lo que debo hacer —explicó Frost cínicamente.

—Justyn, quite a este hombre de mi vista —dijo la joven—. Creo que voy a devolver…

—Espere un momento. Frost, ¿qué debía hacer usted después de haberme matado? —preguntó Witt.

—Nada, esperar la llamada del «cliente». Yo le daría la noticia entonces, eso es todo —respondió el asesino.

—Hace tres días, un tal Emil White disparó contra un comisario de policía. ¿Conocía usted a White?

—No, nunca oí su nombre. Nosotros actuamos siempre independientemente.

—Sí, es lo más discreto. Supongo que su «cliente» no habrá enseñado la cara al emplear el videófono.

Frost soltó una risita.

—Sería del género tonto —contestó—. Bueno, ¿qué van a hacer conmigo? No tienen pruebas de que yo haya intentado atacarles y, en cambio, yo puedo presentar una demanda, por haber sufrido las mordeduras de su perro.

Witt se echó a reír.

—Es un lobo, amigo —dijo—. Y lo mismo que usted puede decir que le atacó mi perro, yo puedo contestar que jamás he tenido perro.

Frost emitió una gruesa interjección. Witt le asestó una bofetada, que restalló como un latigazo.

—Lárguese, cerdo —dijo, colérico.

Frost se marchó, furioso, aunque sin decir nada, temeroso de «Wolfie», que le miraba con ojos de fuego. Witt buscó una botella y llenó dos copas.

—Voy a tener que esconderme de su padrino —dijo.

—¿Cómo? Supone usted...

—Es el comisionado de policía. Tiene medios suficientes para averiguar mi paradero. Frost vino aquí, pero sólo debía disparar contra mí. ¿Quiere más pruebas?

Evalee asintió.

—No, no es necesario, pero me siento terriblemente decepcionada...

—Hay algo que quizá pueda consolarla, y es que, en cierto modo, Evans no es por completo responsable de sus acciones.

Ella le miró extrañada. De pronto, una terrible detonación rasgó el silencio de la noche.

«Wolfie» gimió, amedrentado. Witt se precipitó a la veranda.

Había una enorme llama en el cielo, que se precipitaba hacia el suelo con notable rapidez. Chorros de fuego se dispersaban en la caída, como una estela de vivos colores, entre los que predominaban el rojo y el amarillo.

El resplandor se apagó a los pocos segundos.

—Bien, ahí termina la existencia de un asesino profesional — dijo Witt.

—¿Cómo? —se asombró ella.

—El hombre que pagó a Frost, quiso asegurarse de su silencio. Frost vino a las montañas en su aeromóvil, pero ignoraba que alguien había puesto una bomba en el aparato.

—Y lo hizo estallar...

—Después del despegue, seguramente, mediante un detector de los movimientos del aparato. Al despegar en dirección a la ciudad, el «cliente» supuso que Frost había cumplido el contrato. Eso es todo, Evalee.

—Quizá venga la policía...

—Nosotros no sabemos nada —respondió él significativamente.

Por la mañana, Evalee corrió hacia la tienda en que pernoctaba el joven.

—¡Justyn, Justyn! —llamó.

Witt no contestó de momento. Ella insistió en las llamadas.

—Alguna vez había de ser yo el sorprendido en el baño —dijo Witt jovialmente poco después.

Evalee alzó con ambas manos el receptor de radio.

—Le llama Philliner —dijo.

Witt nadó hacia la orilla.

—Eso resulta interesante —aseguró.

Todavía envuelto en la bata de felpa, dio el contacto.

—Señor Philliner, soy Witt —dijo.

—¿Cómo está, amigo mío? —saludó el investigador cortésmente—. Tengo noticias para usted.

—Está bien, adelante.

—Life Hotel, Titán...

La voz de Philliner fue cortada bruscamente por una serie de estampidos que resonaron de forma estruendosa a través de la radio. Luego se oyeron unos cuantos chasquidos y, finalmente, se hizo el silencio.

Witt y la muchacha se contemplaron recíprocamente durante unos segundos.

—Lo han asesinado —dijo Evalee al cabo. Witt asintió.

—Eso es cosa que está fuera de toda duda —convino—. Pero hay algo que debemos hacer inmediatamente, sin perder un solo segun- do.

—¿Qué es, Justyn?

—Voy a vestirme y a desmontar la tienda. Vaya a la cabaña, tome algunas prendas de abrigo y ponga algo de comida en una bolsa. Hemos de desaparecer de aquí cuanto antes. Acamparemos allá arriba, en lo alto, mientras se pasa el peligro.

—Sí, será lo mejor —dijo la muchacha.

—«Wolfie», acompáñala.

Evalee y el lobo echaron a correr. Witt se quitó la bata y empezó a vestirse de inmediato.

Media hora más tarde, Witt y la joven abandonaban el lugar,



ambos cargados con sendas mochilas. Witt llevaba, además, el fusil

de Frost y un pequeño receptor de radio, que estimó necesario, dado que les convendría escuchar los boletines informativos.

«Wolfie» caminaba junto a ellos.

CAPÍTULO VIII

—Life Hotel —murmuró Witt, en lo alto de un enorme risco, desde el que se divisaba un esplendoroso panorama—. Hotel de la Vida...

—Y Titán —añadió Evalee, sentada en el suelo, con un brazo alrededor del cuello de «Wolfie»—. Pero es un satélite de Saturno.

—Sí, el mayor de todos, a una distancia media de un millón doscientos veinte mil kilómetros de su planeta, en cifras redondas. Es el único que tiene atmósfera, aunque no respirable, ciertamente.

—Y mide cuatro mil doscientos kilómetros de diámetro...

¡Justyn!

—gritó ella de pronto.

—¿Qué sucede?

Witt estaba de pie, cerca del borde del risco y se volvió hacia la joven.

—Nelson Harvester, mi prometido... Murió precisamente en Titán...

—¿Está segura de que murió?

—Sí, me devolvieron el reloj de pulsera que yo le había regalado el día en que nos prometimos.

—¿Estima eso como una prueba suficiente de su muerte?

—Hubo una investigación. Declararon varios testigos de solvencia, Justyn.

—Bien, Nelson murió en Titán. Y allí está el Life Hotel, pero..., ¿qué hay en el hotel?

Evalee contempló con ojos pensativos el sol, que ya enrojecía hacia el Oeste.

—Hotel de la Vida —murmuró—. Un extraño nombre para un lugar destinado a alojar a las personas, ¿no le parece, Justyn?

Witt no contestó. Ahora se hallaba en la parte del risco que daba

a

la montaña, reuniendo trozos de madera seca. La noche caería pronto y la temperatura descendería considerablemente.

Witt encendió la hoguera en el fondo de una grieta, donde su resplandor no resultaría fácil de ser visto. Agua sólo disponían de la

contenida en una cantimplora, pero el joven dijo que, si su estancia en las montañas se prolongaba demasiado, buscarían algún manantial.

—Aunque todavía queda nieve en los puntos más altos —añadió.

—Hotel de la Vida —repitió Evalee, sin parar mientes en las manifestaciones de su acompañante.

Witt la miró sorprendido. El Life Hotel parecía haberse convertido en una obsesión para la joven.

—Creo que ya tengo la respuesta —exclamó súbitamente—. Es el sitio donde se alarga la vida... donde se robotiza a las personas que quieren vivir más que los otros y que, encima, tienen un cuarto de millón para pagar la operación.

Los ojos de Evalee brillaban de un modo singular.

—¡Eso es! —exclamó—. Allí, en Titán, se robotiza a las personas... y debiéramos ir para enterarnos de lo que sucede. Es posible, incluso, que también esté mi padre en ese hotel.

—Evalee, ¿se da cuenta de lo que dice? Titán está a más de mil doscientos sesenta millones de kilómetros de la Tierra —dijo Witt.

—¿Cree que no lo sé? —sonrió ella —. Hice el clásico viaje de todo turista, para ver los anillos de Saturno. No pusimos pie en Titán, pero la nave orbitó unas cuantas veces a muy corta distancia, para que pudiéramos contemplar los paisajes del satélite.

—Y, ¿qué tiempo emplearon en el viaje?

—Poquísimo. ¿Sabe qué velocidad pueden alcanzar hoy día las astronaves de pasajeros? Algunas, pasado el inevitable período de aceleración, que se puede soportar, si el viajero así lo desea, en sueño artificial, controlado médicamente, rebasan los cien millones de kilómetros por día. En menos de dos semanas podríamos plantarnos en Titán, Justyn.

—Indudablemente, pero ¿dónde está la nave?

Evalee se mordió los labios.

—Estoy dándole vueltas a un plan, pero quiero meditarlo bien

antes de decir nada. ¿Le importa esperar hasta mañana, Justyn?

Witt arrojó un par de leños a la hoguera.

—No tengo otra cosa que hacer —contestó jovialmente.

La noche transcurrió sin incidentes. Después de amanecer, Witt preparó rápidamente el desayuno. Evalee empezó a peinarse, situa-

da junto a una roca, en la que daba el sol, con el aparato de radio al lado.

Witt se acercó al borde del risco, llevando los prismáticos que habían traído consigo. Desde aquel lugar, a más de mil quinientos metros de altura sobre el valle, podía divisar perfectamente la manchita que era la cabaña de Evalee.

Unas minúsculas figuritas se movían en torno a la cabaña.

—Nos buscan, Evalee —dijo.

—Parece que están dispuestos a echarnos el guante, ¿eh?

—No les hemos caído simpáticos —contestó él—. Evalee, estoy viendo un par de aeromóviles. Si despegan para buscarnos por las montañas, tendremos que buscar algún sitio donde escondernos.

La música de la radio se interrumpió bruscamente. Un locutor empezó a leer las últimas noticias:

—Con respecto al asesinato del famoso investigador Philliner, la policía busca a un hombre y una mujer que estuvieron en su despacho minutos antes de su muerte. Los testigos que vieron a la pareja, han conseguido identificarlos merced a fotografías que les han sido mostradas en el departamento de Homicidios. Por tanto, se ha expedido orden de captura contra Justyn Witt v Evalee Duncan...

—¡Dios mío! —exclamó la joven—. Nos buscan a nosotros.

Witt tenía la vista fija en el aparato de radio. Sus facciones aparecían contraídas por la ira.

—Eso es cosa de su padrino, Evalee —dijo.

—Incluso ha proporcionado testigos falsos... —Ella estaba a punto de llorar—. ¿Cómo puede cambiar tanto un hombre? —se lamentó.

—Evans ya no es un hombre —le recordó Witt, ceñudo.

Volvió a vigilar el valle. Al cabo de unos minutos, los dos aeromóviles levantaron el vuelo. Sintióse muy aliviado cuando se dio cuenta de que regresaban a la ciudad.

—Por fortuna, no se les ha ocurrido pensar que podíamos estar aquí —dijo.

—Tampoco podemos seguir eternamente en estos parajes

—

contestó

Evalee.

—Anoche dijo que estaba pensando en un plan. ¿Ha ideado algo positivo? —preguntó Witt.

—Creo que sí, pero no depende solamente de mí. Si el capitán Baird no nos ayuda, no podremos hacer nada, Justyn.

—¿Quién es el capitán Baird?

—En tiempos, mandó muchas astronaves de la Interplanetary Ships Duncan —respondió ella—. Ahora es director de tráfico de la compañía.

—¿Lo conoce bien, Evalee?

—Era, quizá sigue siéndolo, un amigo de mi padre, de toda confianza. Se criaron juntos de niños, en el mismo barrio...

—Como esa amistad sea la misma que la que Evans tiene con su padre, estamos perdidos.

—¡No, Baird es muy distinto. Es honesto y competente y jamás

ha

sido víctima de ciertas ambiciones. Es más, incluso estoy seguro de que no cree la patraña que ha dicho la radio acerca de nosotros.

—Si eso es así, Baird puede ser nuestra salvación. Pero lo difícil va a ser llegar a la ciudad.

—Tenemos abajo nuestros aeromóviles...

—Evalee, no siento el menor deseo de acabar como Frost. Los hombres que merodeaban en torno a la cabaña pueden ser o no policías, pero yo no me arriesgaría a subir a mi propio aeromóvil por todo el oro del mundo.

—En ese caso, tenemos que ir a pie —dijo ella, resuelta.

—Y por senderos solitarios —añadió Witt.

Se inclinó un poco y acarició la cabeza del lobo.

—Tendrás que quedarte en las montañas, «Wolfie» —dijo.

*

*

*

Llevaban ya dos semanas de marcha. Ninguno de los dos estaba acostumbrado a las grandes caminatas: aunque, por otra parte, pensaban que valía más avanzar lentamente y en seguridad, que no buscar rutas fáciles, que pudieran ponerles en peligro. Witt consiguió cazar algunos conejos, con los cuales ahorraron un tanto la exigua

despensa que transportaban en las mochilas.

Su estado físico, sin embargo, mejoró considerablemente. Los músculos adquirieron fortaleza y flexibilidad y los rostros se tosta-

ron. Evalee, pese a que sus ropas no se hallaban ahora en buen estado, tenía un aspecto mucho más atractivo. Witt, por su parte, se sentía capaz de enfrentarse con el más forzudo en una lucha cuerpo a cuerpo.

En aquellas dos semanas, habían recorrido apenas trescientos kilómetros. Aún les quedaban ciento cincuenta para completar el trayecto, un viaje que, ordinariamente, con los aeromóviles, cubrían en menos de una hora. Pero era una experiencia fascinante, sobre todo, cuando no pensaban en los cientos de policías que debían de andar buscándoles.

De pronto, un día vieron un aeromóvil que evolucionaba a pocos cientos metros de altura sobre las montañas. Witt, en el acto, tiró de uno de los brazos de la joven y la hizo resguardarse debajo de un frondoso abeto.

El aeromóvil perdió altura, sin dejar de evolucionar por aquellos parajes. Witt aprestó el fusil.

—Sea quien sea, si nos atacan, me defenderé —dijo, resuelto.

Súbitamente, el aparato cobró altura y se perdió de vista en las cumbres de las montañas. Witt puso el seguro del arma.

—Continuemos —dijo.

Caminaron un kilómetro más. De súbito, vieron a un hombre salir de la espesura.

—¡Evalee!

—¡Capitán Baird! —exclamó la joven, atónita.

Baird hizo una seña con la mano.

—No salgan a terreno descubierto —dijo—. Mi aeromóvil está muy bien escondido y no querría que les viese alguna patrulla de policía.

Evalee se volvió hacia Witt.

—Se lo dije, Justyn —exclamó, con ojos muy brillantes.

Baird avanzó hacia ellos.

—He oído esa inmunda mentira —manifestó—. Tu padrino es un canalla, muchacha.

—En eso estamos de acuerdo, capitán —rió Witt, a la vez que alargaba su mano derecha—. ¿Era usted el que pilotaba el aeromóvil que vimos hace un cuarto de hora?

—Sí, pero simulé ocultarme al otro lado de las montañas, por si había sido seguido. Luego he volado a ras del suelo, por los desfiladeros, hasta situarme en vuestra ruta.

—Es usted un tipo astuto. ¿Cómo no ha hecho lo mismo la policía?

Baird rió desdeñosamente.

—Llevo ya treinta años en el oficio y conozco todos los trucos, honestos y no tan honestos —contestó—. Ninguno de los pilotos de la policía me llega a la suela de las botas. Además, esos cacharros no llevan cierta clase de detectores. Yo sí tengo uno en el mío y sería capaz de captar la presencia de una persona a veinte millas de distancia, con absoluta seguridad de una positiva identificación.

—A mí se me había ocurrido buscarle a usted, Henry —dijo la muchacha—. Necesitamos su ayuda desesperadamente.

Baird fijó los ojos en el tostado rostro de Evalee.

—Empiezo a sentirme alarmado por la tardanza de tu padre —confesó—. Dijo que se tomaría unas vacaciones, pero ya ha pasado demasiado tiempo...

—Nosotros también lo buscamos, aunque no tenemos la menor idea de dónde puede hallarse —intervino Witt—. Sin embargo, creemos que en Titán podremos encontrar una pista.

—¡Titán! —respingó Baird.

—Sí, Henry —confirmó Evalee—. A Philliner no lo matamos nosotros es más, estábamos en el arroyo que pasa cerca de mi cabaña, cuando él nos llamó para darnos un informe que Justyn le había so- licitado. Philliner dijo exactamente: Life Hotel, Titán..., y entonces sonó una ráfaga de disparos.

—Siete balas —dijo Baird pensativamente—. Pero ese maldito Evans ha buscado testigos falsos, sobornado a gente de su departamento... ¿Por qué, muchacha? ¿Qué tiene él que ver con los negocios de tu padre?

—Yo creo que nada, Henry —contestó ella—. Pero forma parte de un grupo que ha iniciado una conspiración, para apoderarse de la Tierra.

—Muchacha, ¿qué estás diciendo?

—La verdad, capitán —terció Witt—. Pero si quiere que hablemos y conocer todo lo que sucede, podremos hacerlo mejor en su aeromóvil.

—Traigo comida —dijo Baird—. Me imaginé que podrías necesitarla, Evalee, aunque nunca supuse encontrarte con este caballero.

—Estamos unidos… por las circunstancias —se ruborizó ella—. Henry, ¿qué planes tenemos para ir a Titán?

Baird se acarició la mandíbula.

—Venid conmigo —dijo—. Primero, llenar el buche. Mientras, ya pensaré algo. No faltan naves, por supuesto, pero es preciso elegir la adecuada y zarpar en el momento oportuno.

Momentos después, Witt y Evalee saciaban el apetito. Baird, buen conocedor de la gente, había traído comida en abundancia.

Al terminar, Evalee dijo que ya sólo le faltaba una hora en una bañera llena de agua tibia.

—Tendrás que esperar a llegar a la astronave —dijo Baird.

—Veo que no tendré otro remedio —contestó ella—. Pero ¿ha dado ya con la idea apropiada?

—Sí, he trazado un plan que creo resultará aceptable. Dentro de tres días, zarpa una nave automática, con carga para Titán y las estaciones de observación de los anillos. Creo que no tendré dificultades en colarles como polizontes a bordo de esa nave.

—Una nave automática —repitió Witt.

—En efecto. Aquí, en la Tierra, se programa la órbita que debe recorrer, con los puntos de parada y el tiempo que empleará en cada una de ellas. La carga, por supuesto, es retirada por sus destinatarios después del aterrizaje. Lo único que tengo que hacer es proporcionar víveres y ropas suficientes. Pero eso no me costará ni veinticuatro horas —sonrió Baird—. A fin de cuentas, de algo debe servirme mi puesto en la compañía.

—Tres días —dijo el joven, pensativo.

—Sí, y lo mejor será que me esperéis aquí. Yo vendré a

recogeros
cuando todo esté dispuesto.

CAPÍTULO IX

El aeromóvil de Baird regresó al finalizar el tercer día de espera.

—La nave zarpa a las seis de la mañana —dijo—. Todo está ya preparado, incluidos los trajes espaciales. En Titán, la nave estará detenida veinticuatro horas. La descarga, sin embargo, no durará más de dos o tres; por tanto, dispondréis de más de veinte horas para ver qué hay allí.

—Titán es muy grande, Henry —alegó

Evalee. Baird sonrió maliciosamente.

—Una parte de la carga está destinada al Life Hotel —contestó —. Y, por el programa de órbita, sé que la nave aterrizará no demasiado lejos de ese sitio. Unos cuantos bultos, con instrumentos y aparatos, van destinados a una estación astronómica situada en el Monte Kaider, pero, como digo, casi toda la carga es para el hotel.

—¿Cuáles son los puntos siguientes de parada? —preguntó Witt.

—La Tierra. He cancelado las siguientes paradas, transfiriendo

su

carga a otra nave, por razones de seguridad. Pero la «Atlantic» es una nave de pasajeros, habilitada para carga y aún conserva algunos camarotes, con todas sus instalaciones. Repito que el viaje no será ningún problema; once días y medio para ir, uno de estancia en Titán y otros once y medio en la órbita de regreso.

—¿No habrá riesgo de que nos vean en el astropuerto?

—Tranquilo, muchacho; yo sé hacer las cosas bien —sonrió Baird—. No es por alabarme, pero soy zorro viejo y me siento capaz de dar diez mil vueltas al tipo más listo... en algunas cosas, claro,

¿Vamos?

Dos horas más tarde, se hallaban a bordo de la nave. Baird les aconsejó que no encendiesen las luces hasta después de la partida.

—Para el que no está habituado a la aceleración, estas píldoras van muy bien; garantizan un sueño de veinticuatro horas y evitan muchas molestias.

—Creo que tomaré una —dijo Witt, a la vez que guardaba la ca-

jita que le entregaba Baird—. Es mi primer vuelo espacial.

—Yo también. En mi viaje anterior a Titán lo pasé bastante mal por no querer dormir —manifestó Evalee.

Baird consultó su reloj.

—La nave zarpará a las seis en punto. A las cinco cuarenta y

cinco, debéis estar en las literas anti choque, bien sujetos por las correas, después de haber ingerido dos píldoras cada uno. He dejado también un par de cuartillas con instrucciones para comidas, ropas y demás. Aparte de eso, están los manuales de uso de los trajes espaciales y de instrumentos de a bordo, que estimo interesante estudiéis. Eso es todo, muchachos.

Baird se marchó.

A las cinco y cuarenta y cinco minutos, Witt y Evalee se

tendieron

en sendas literas gemelas, Los arneses de sujeción funcionaban automáticamente.

—Va a ser un viaje emocionante —dijo él.

—No cabe la menor duda. Pero no tengo grandes esperanzas.

—¿Esperanzas?

—Sí. Temo que mi padre haya sido robotizado… Creó un imperio y alguien quiere utilizarlo en provecho propio.

Witt guardó silencio unos instantes. Evalee, probablemente,

tenía

razón.

De pronto, Evalee recordó algo.

—Justyn, Nellie, y los hombres robotizados murieron de una forma que da a entender estaban sujetos a un control remoto.

—Sí, es cierto.

—Pero ese control no puede estar en el Life Hotel.

—¿Por qué?

—Tú mismo dijiste que Nellie murió cuando se disponía a decirte que había sido robotizada en alguna parte. Si alguien la escuchaba, no podía estar en Titán. ¿Recuerdas que las ondas de radio no viajan a la velocidad de la luz?

—Es cierto, Evalee.

—Por tanto, un mensaje de radio, emitido desde Titán, dada la distancia a la Tierra, tardaría…

—Setenta minutos —calculó Witt rápidamente.

—¡Entonces, el centro de control de los robotizados no está en

Titán! —

exclamó

Evalee.

Levantó la cabeza.

—¡Justyn, ya no tiene objeto que vayamos allí! —agregó.

Witt contestó con un bostezo descomunal.

—Tenemos que… hacer el viaje —dijo lánguidamente.

Evalee volvió a la postura anterior.

—Es cierto… Ya no podemos… desembarcar…

El sueño llegó segundos más tarde. La «Atlantic» despegó, sin que ninguno de los dos se enterase del hecho.

*

*

*

La astronave describía órbitas espirales en torno a Titán, volando cada vez a menor altura. Desde una de las lucernas, Witt y Evalee contemplaban el fantástico espectáculo del satélite, cubierto de gases helados, de los que emergían negros picachos, afilados como lanzas, alzándose a enormes alturas sobre el torturado suelo circundante.

Saturno, a poco más de millón y cuarto de kilómetros, ofrecía igualmente un espectáculo deslumbrante, con sus anillos que parecían de seda de distintos colores. Los restantes satélites del planeta parecían bolitas de juguete que flotasen inmóviles en el negro espacio.

La deceleración era constante. Witt se ayudaba en la visión con un par de gemelos electrónicos, una especie de gafas que podía alzar de sus ojos, sin necesidad de sostenerlas con la mano, sujetas a su cráneo por unas patillas de pinza. De pronto, vio algo que llamó poderosamente su atención.

—¡Mira, Evalee!

Ella disponía también de unos gemelos idénticos. El aparato óptico reducía la distancia diez veces. Estaban a unos quince kilómetros todavía, de modo que los detalles del suelo se veían como si estuvieran solamente a mil quinientos metros.

En el fondo de un gigantesco desfiladero, de trazado absolutamente rectilíneo, se divisaba una enorme construcción, protegida por una colosal cúpula semiesférica. Witt comprendió en aquel momento

el origen del nombre dado al desfiladero: *Valle de la Espada*.

—Parece un tajo abierto por una colosal espada —murmuró.

La «Atlantic» describió todavía otra órbita. Luego inició el descenso, primero oblicuamente y luego en vertical, hasta que sus patas se posaron en el suelo.

La pareja se escondió en un departamento que sabían no sería examinado por los que venían a hacerse cargo de la mercancía. La espera duró casi tres horas.

Luego cesaron los ruidos en la astronave.

Witt consultó su reloj.

—Debemos esperar —dijo.

—¿Mucho tiempo?

—En Titán, para la vida normal, se sigue el tiempo de la Tierra. Ahora son las ocho y media. A las once o las doce, la vigilancia, si la hay, habrá cesado por completo.

—¿Y dispondremos de...?

—Hasta las cinco y cuarto de la tarde de mañana, hora terrestre, por supuesto.

—El Life Hotel está a unos tres mil metros de distancia.

Witt sonrió.

—Estuvimos dos semanas recorriendo la sierra —contestó—. Eso ha dado fortaleza a nuestras piernas, aparte de que la gravedad en Titán es muy inferior a la de la Tierra. Tres mil metros no serán obstáculo para nosotros.

—El obstáculo es la cúpula, Justyn.

—Ya encontraremos el medio de pasar al otro lado, Evalee.

Pasadas las once, equipados con los trajes espaciales, se dirigieron a una de las compuertas. Minutos más tarde, ponían el pie en el helado suelo de Titán.

*

*

*

Witt se agachó detrás de una roca y contempló el enorme edificio, de varios pisos, situado en el interior de una cúpula que no medía menos de ciento veinte metros de altura. El Life Hotel tenía forma de T y ambas ramas medían de ochenta a noventa metros de


largo.

Bajo la cúpula se cultivaban algunas plantas de adorno. Witt divisó una esclusa que permitía el paso al interior de la gigantesca semiesfera.

Pero había unos aparatos en la parte interior, que debían servir para el control de ambas compuertas. Witt calculó que habría alguna especie de alarma, que funcionaría si alguien quería utilizar la esclusa a una hora intempestiva.

Avanzó unos pasos y tocó con los nudillos la fría superficie de la cúpula. Era de plástico, como había supuesto, pero de gran resistencia. El aire contenido en su interior debía de tener una presión muy cercana a la de la atmósfera terrestre.

De pronto, vio algo que le llamó la atención.

Se arrastró unos pasos más. Evalee le seguía a gatas.

Witt sacó un cuchillo y atacó el bloque de hielo en que se apoyaba una parte de la base de la cúpula. Evalee comprendió sus intenciones y le ayudó con una piqueta que había llevado consigo.

—Pero el aire se escapará —dijo al cabo de un rato, tras pegar su casco al del joven, a fin de no usar la radio.

—Se perderá un poco, pero no será nada irremediable —contestó

él.

Media hora más tarde, Witt se dio cuenta de que estaba a punto

de culminar la tarea.

—Ponte detrás de mí y entra con toda la rapidez posible —aconsejó.

Ella hizo un gesto de asentimiento. Witt golpeó con fuerza la delgada capa de hielo y el aire salió inmediatamente con tremenda fuerza.

Arrastrándose, consiguió pasar al otro lado. Luego se volvió y alargó una mano hacia la muchacha. Tiró de ella. Evalee pasó al fin. Inmediatamente, empezaron a tapar el agujero con bloques de hielo y tierra mezclada, de la que había en aquel lugar.

Un minuto después, Witt se levantó y echó a correr, tirando de la mano de Evalee. En pocos segundos, recorrieron los treinta o cuarenta pasos que les separaban de una de las esquinas del edificio.

Varios individuos salían en aquel momento por una de las puertas. Witt los vio sin traje espacial y levantó la máscara de su casco.

—Hay que buscar el orificio —dijo uno.

—Esta maldita cúpula no es nada segura. Un día nos dará el gran disgusto —se quejó otro.

La cuadrilla de operarios empezó a buscar el lugar donde se había producido la pérdida de aire. Witt arrastró a la muchacha hasta la esquina opuesta.

—Aquí lo tenemos —gritó uno—. Rápido, material para el parche.

Witt volvió la cabeza hacia Evalee y sonrió.

—Ahora sólo tenemos que aguardar a que vuelvan al hotel —murmuró.

Pasaron unos minutos. Los operarios volvieron al edificio.

Witt empezó a quitarse el traje espacial. Había unas grandes matas de flores a corta distancia y escondió allí traje y casco. Evalee le imitó.

—Así podremos movernos mejor —dijo él, mientras repasaba la pistola que había llevado consigo.

Alcanzaron la puerta de entrada. Witt divisó un amplio vestíbulo. Sentado en una butaca, había un hombre con los ojos cerrados.

Paso a paso, Witt avanzó hacia el individuo. Este, de pronto, se despertó. Entonces, algo golpeó duramente su sien y se desplomó sin lanzar un solo grito.

Witt lo arrastró hasta el otro lado de una especie de escritorio. Luego regresó junto a la muchacha.

El interior del edificio parecía el de un hotel terrestre de lujo.

Witt

estudió la disposición del vestíbulo. De pronto, vio una puerta con el rótulo de «Privado».

—Aquí. Evalee.

Ella le siguió en silencio. Witt abrió la puerta.

—Creo que hemos dado con un lugar interesante —dijo, después de encender la luz.

—Evalee cerró la puerta. Witt se acercó a un enorme armario metálico y tiró del cajón correspondiente a la letra D.

El nombre de Clark Webster Duncan apareció a los pocos instantes.



*

*

—Mi padre está aquí todavía —dijo Evalee con voz opaca.

Witt contempló la ficha. Allí constaba la fecha de ingreso, pero no la de salida.

Había una casilla especial, bajo el epígrafe de MOTIVOS DE SU ESTANCIA. El padre de Evalee había alegado «*descanso y relajamiento*».

Witt volvió la ficha a su sitio. Luego buscó la correspondiente a Nellie Ackerman.

—Fecha de ingreso, nueve de mayo de 2327. Partida, once de diciembre del mismo año —dijo.

—Luego ella estuvo aquí también.

—Sí.

El nombre de Evans constaba igualmente en aquel archivo, como cliente del Life Hotel.

—Tiempo de permanencia, siete meses y dos semanas —dijo Witt.

Evalee, algo más recobrada, se puso en pie.

—Justyn, ¿te imaginas lo que podríamos hacer con este fichero? —exclamó.

—Muchas cosas, si nos creyeran. Pero hay hombres robotizados que ya están situados en puestos importantes. Esos individuos procurarían que no divulgáramos la realidad de lo que sucede en el Life Hotel.

—De eso estoy absolutamente seguro, señor Witt, señorita Duncan —sonó bruscamente una voz de tonos un tanto irónicos.

Witt se volvió rápidamente. Para examinar los archivos, había dejado la pistola sobre una mesa. En un instante se dio cuenta de que ya no tenía tiempo de alcanzar el arma.

Había otra pistola, pero estaba encarada a su pecho y sostenida por la mano del hombre que acababa de hablar.

—Usted no es el doctor Rachid —dijo Witt.

—Soy Duke Ramsay, uno de sus más fieles colaboradores —se presentó el sujeto, hombre de unos cuarenta y cinco años y aspecto distinguido, pero cínico y desenvuelto al mismo tiempo.

—Convertido por Rachid al robotismo —exclamó Evalee impulsivamente.

—Muy exacto —corroboró Ramsay, sin dejar de sonreír—. He sido un adepto del robotismo, casi desde el primer momento. Rachid, andando el tiempo, me confió la dirección del Life Hotel.

—Donde se robotiza a las personas —dijo Witt.

—Pero sólo por su propia voluntad,

—¡Eso no es cierto! —gritó Evalee—. Ustedes secuestraron a mi padre...

Ramsay continuaba sonriendo.

—Señorita, ¿quiere comprobar la veracidad de mis palabras?

—consultó.

—Lo que quiero es ver a mi padre —dijo ella con gran vehemen-

cia.

Ramsay se apartó a un lado, con gran cortesía.
—Síganme, por favor —dijo—. Dentro de muy pocos minutos,

podrán ver y hablar con Clark Webster Duncan.

CAPÍTULO X

Ramsay no estaba solo. Había sido acompañado por dos sujetos de rostro estólido, igualmente armados, lo que le permitió dejar la pistola a un lado. Witt y Evalee fueron conducidos a una habitación de la misma planta, con aspecto de sala de espera, excelentemente decorada, incluso con un pequeño bar.

—Sírvanse a su gusto —dijo Ramsay—. Descansen sin temor. El señor Duncan no tardará mucho en llegar.

La puerta se cerró. Witt observó que no había cerradura interior.

—Evalee, sospecho que hemos caído en la trampa —dijo.

Ella estaba muy pálida. Witt se acercó a la ventana y tocó el cris- tal con los nudillos.

—Parece
irrompible, pero...
Evalee se acercó a
la ventana.

—Hay muebles —dijo.

—En todo caso, aún es pronto —contestó él. Miró el reloj—. Apenas son las dos de la mañana. Tenemos de tiempo hasta las cinco y cuarto de la tarde, aproximadamente.

—Si luego no podemos...

—Romperé el cristal como último remedio —dijo Witt—. Haría bastante ruido y no tendríamos tiempo de llegar hasta los trajes espaciales. Esperemos.

—Justyn, ¿qué pasaría si la cúpula reventase? —preguntó Evalee sorprendentemente.

—Bueno, el aire escaparía en pocos segundos y todos los que hay aquí morirían. ¿Por qué lo dices?

—Era sólo una pregunta. Curiosidad, simplemente.

—Algunos de los que hay aquí, debieron de venir de buena fe, aunque, por supuesto, engañados. Pero la mayoría vinieron deliberadamente. Y sus intenciones no tienen nada de buenas.

—Justyn, estás en un error. Ninguno de los que hay aquí vino engañado: todos, de un modo u otro, se habían convertido al robo-



tismo. ¿Qué pretende esta doctrina? Hacer vivir más al ser humano.

¿Y qué hace un ser humano que sabe va a vivir cuatro veces más que los otros? Buscar la forma de aprovecharse de su ventaja. ¿Cómo te aprovecharías tú de esa ventaja?

Witt se acarició la mandíbula.

Evalee había planteado una serie de cuestiones muy interesantes. Todavía resultaría más interesante encontrar las respuestas.

—Tu padre es uno de ellos, recuérdalo —dijo.

El pecho de Evalee palpitó con fuerza.

—¿Puedo llamar padre a lo que va no es más que una máquina con aspecto humano?

—Entonces, lo consideras perdido.

—Si se ha robotizado, desde luego. Recuerda tú a Nellie Ackerman. La apreciabas bastante, creo.

Witt asintió. Sí, Evalee tenía razón; Nellie había sido una buena amiga, algo frívola, ligera de cascos, si se quería, pero con buen fondo, en medio de todo. Y ahora ya no era ni un montón de huesos...

La puerta se abrió súbitamente. Ramsay apareció en el umbral, seguido de un hombre joven y bien parecido. Detrás de ellos se veía una pareja de sujetos armados con sendas pistolas.

—¡Caramba, qué joven es el señor Duncan! —dijo Witt con fingida jovialidad.

Evalee lanzó un agudo chillido:

—¡Nelson! ¡Nelson Harvester!

—Hola, preciosa —dijo el joven.

*

*

*

Witt parpadeó, enormemente asombrado. Así, pues, el prometido de Evalee no había muerto tal como ella dijera desde el primer

momento.

Harvester avanzó hacia la joven.

—Lo siento, querida —dijo—. Tengo que darte una mala noticia.

—¡Ramsay! ¿Dónde está mi padre? —gritó Evalee, sin hacer caso de Harvester.

—Ahora, precisamente, van a decírselo —contestó el interpelado.

—Procura ser fuerte, Evalee. Tu padre… bien, ha sufrido un grave accidente…

Los ojos de la joven despedían llamas.

—¿Tan auténtico como el tuyo? —preguntó.

—Evalee, compréndeme; yo tenía que simular mi muerte…

—En resumidas cuentas, mi padre ha muerto —dijo ella.

—Sí.

—Asesinado.

—¡Señorita, por favor! —intervino Ramsay.

—A… a veces se producen fallos en el proceso de robotización… Lo siento, ha sido algo que no se pudo evitar…

—¿Dónde está su cadáver? ¡Quiero verlo!

—Lo lamento, ha sido incinerado.

—Ramsay, usted me engañó desde el principio —acusó Evalee—. Cuando nos atraparon, mi padre había muerto.

—Señorita, soy el director del Life Hotel y hay aquí un gran número de huéspedes en distintas fases del proceso de robotización. Mis ayudantes, como es lógico, tienen plena libertad de acción. Cuando ustedes llegaron, el cuerpo del señor Duncan era conducido al incinerador.

—Así ha sido, Evalee —confirmó Harvester.

—Raptaron a mi padre. Yo lo conocía bien. Era un hombre perfectamente equilibrado. El jamás hizo caso de doctrinas absurdas, y menos del robotismo. Le gustaba la vida, disfrutaba siendo simplemente un hombre y no una máquina… ¡Ha sido un asesinato!

—Evalee, cálmate…

Ella miró fieramente al hombre que tenía frente a sí.

—Nelson, ¿tú también estás robotizado? Harvester hizo un gesto de aquiescencia.

—Sí —admitió.

Avanzó hacia ella y alargó su mano. Evalee la rechazó violentamente.

—¡No me toques, asqueroso robot! —gritó. Ramsay frunció el ceño.

—Nelson, creo que debería hacer una cosa —dijo.

—Sí, señor.

—Procure convencer a la señorita Duncan de los grandes beneficios que obtendrá de su conversión al robotismo. Iban a casarse en tiempos, ¿verdad?

—Sí, señor.

Ramsay retrocedió hasta la puerta.

—Esta sala es lo suficientemente amplia para que los dos puedan conversar en un rincón, sin necesidad de ser oídos por el señor Witt

—sonrió—. Señorita Duncan, créame, soy sincero al expresarle mi pésame por la muerte de su padre.

—¡Váyase al diablo!

Ramsay elevó sus manos al cielo.

—¡Qué lenguaje! —dijo, escandalizado.

La puerta se cerró. Harvester volvió la cabeza un instante. Luego, de forma inesperada, se desabrochó la camisa y dejó el torso al des- cubierto.

La parte delantera del tórax se abrió. Evalee cerró los ojos para no ver aquello que le parecía un horrible espectáculo.

—Ya está —dijo Harvester de pronto.

—¿Qué ha hecho, Nelson? —preguntó Witt.

—He desconectado el transmisor de radio, pero no podré seguir

así mucho tiempo —respondió el robotizado—. Evalee, créeme, sigo amándote..., pero ya no puede haber nada entre los dos. Tienes que destruir el Life Hotel.

Ella le miró con ojos muy abiertos.

—Nelson...

—La inmensa mayoría de los huéspedes están aquí voluntariamente. Todos son gente ambiciosa, como los que ya se robotizaron y regresaron a la Tierra. Sólo unos cuantos estamos aquí a la fuerza.

—¿Te raptaron, Nelson?

—Sí, y a tu padre también. Antes de hacer nada, estudian a las

personas de cierto relieve Algunas son fáciles de convencer y vienen voluntariamente. Otras envían a paseo a los proselitistas del robotismo, pero si son personas de alta calificación social, política o económica, entonces son secuestradas y traídas aquí para su robotización.

—¿Se consideraba usted persona de relieve, Nelson? —preguntó

Witt.

—Soy..., era un buen comandante de astronave. También necesitan técnicos —explicó Harvester.

—Nelson, Nelson —gimió la muchacha—. ¿Qué haremos ahora?

—No hay más que una solución. Simulen que aceptan ser robotizados. Yo les proporcionaré explosivos para que vuelen la cúpula.

—¿Explosivos? —se asombró Witt. Harvester sonrió amargamente.

—No hay un solo robotizado que no lleve en su cuerpo una pequeña bomba —dijo—. Traeré un par de ellas; si el aire escapa, nadie vivirá más de cinco minutos.

Evalee se estremeció.

—Pero hay personas inocentes —dijo.

—Están robotizadas o en trance de serlo. He conversado largamente con muchos de los que vinieron aquí a la fuerza; por grandes que sean las ventajas que alegan los partidarios del robotismo, ninguno de ellos quiere seguir viviendo en estas condiciones.

—¿Y tú, Nelson?

—Tampoco yo. Y no quiero que te roboticen, Evalee. Witt dio un paso.

—Hay en la Tierra una especie de centro de control, desde el cual se puede destruir a la persona robotizada que resulte... peligrosa. ¿Sabe usted dónde está?

—Conozco la existencia de ese centro de control, pero no su ubicación exacta. No obstante, he oído hablar algo acerca de un Pyramid Peak...

—¡El Pico de la Pirámide! —exclamó Evalee.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Witt.

—Sí, desde luego...

—Voy a conectar la radio nuevamente —dijo Harvester—. Dejen que yo hable ahora. Volveré dentro de unos treinta minutos, aproximadamente.

Witt asintió. Harvester se acercó a la puerta y tocó con los nudillos.

—Alguien abrió.

Era Ramsay y había en su mirada un gesto de desagrado.

—No he oído nada —rezongó.

Harvester golpeó con la mano el recio metal de la puerta.

—Es un obstáculo demasiado potente —dijo—. Pero creo que lo he conseguido.

—¿Sí?

—Ella me ha pedido treinta minutos para reflexionar. Cree que podrá persuadir también al señor Witt.

—Oh, estupendo —sonrió Ramsay. Harvester volvió la cara.

—Regresaré dentro de media hora —se despidió.

La puerta se cerró. Evalee agarró con ambas manos la pechera de la camisa de Witt.

—¿Estás decidido? —preguntó.

—Sí.

—Las declaraciones de Nelson son contundentes. No hay ninguna duda al respecto.

—Ninguna, en efecto.

Witt se acercó nuevamente a la ventana. Desde allí podía ver el macizo de flores donde tenían escondidos los trajes espaciales.

—Evalee —llamó. La joven se acercó.

—Dime, Justyn.

—En cuanto rompa la ventana, salta y corre hacia tu traje. No te lo pongas allí mismo; hay que buscar otro sitio donde no seamos vistos.

—No hay demasiados lugares donde esconderse —dijo Evalee quejumbrosamente.

Witt sonrió.

—Este es el mejor sitio —declaró.

—¿Cómo?

El joven explicó su plan. Ella sonrió.

—Sí, es magnífico —elogió—. Nadie supondrá que hemos vuelto al hotel.

—Exacto. Y entonces, cuando ya esteraos equipados, pondremos las bombas y...

—De pronto, Evalee se tapó la cara con las manos y rompió a llorar,

Witt comprendió los motivos de la pena de Evalee y la atrajo tiernamente hacia su pecho. Ella lloró largamente, hasta que las

lágrimas aliviaron la tensión a que había estado sometida hasta aquellos momentos.

—Dispénsame —hipó—; no he podido contenerme... Witt secó sus lágrimas con un pañuelo.

—Apuesto a que ahora te sientes mejor —dijo.

—Sí. —Evalee hizo un esfuerzo por sonreír—. Pensaba en mi pobre padre, traído aquí contra su voluntad...

—Lo vengaremos —dijo él ceñudamente—. Vengaremos a tu padre, a Nellie, a Guy Gilles... Destruiremos el robotismo y con ello destruiremos la amenaza que se cierne sobre el planeta.

No sería una tarea fácil, pero lucharían sin descanso hasta el fin.

CAPÍTULO XI

La puerta se abrió de súbito.

—Hola —dijo Harvester con aire intrascendente.

Witt miró detrás del joven. Los dos vigilantes estaban allí, con sus pistolas.

—¿Ramsay? —preguntó.

—Espera la respuesta en su despacho. ¿Qué has decidido, Evalee?

—Cierra la puerta y te lo diré, Nelson.

—Claro.

Harvester se volvió un poco.

—Saldré en seguida —sonrió a los guardias.

La puerta se cerró. Harvester sacó del interior de la camisa dos cajitas apenas mayores que una caja de fósforos.

—El mecanismo de explosión se pone en marcha, apenas se presiona este ángulo —bisbiseó, a la vez que señalaba el lugar con el índice—. Después de eso, se dispone de seis segundos escasamente.

—No es mucho —murmuró Witt.

—En seis segundos y en la superficie de Titán, se pueden recorrer cincuenta metros sin dificultad.

—Sí, eso es cierto —convino Evalee.

—Nelson —dijo Witt—, en la Tierra pude apreciar... o quizá es una ilusión mía... ¿Hay dos clases de robotizados?

—Sí. Las personas importantes no están tan completamente robotizadas como los que podríamos llamar soldados de filas quienes, salvo su aspecto, son realmente robots y obedecen sin rechistar las órdenes que se les den.

—Eso explica la diferencia de temperatura en la epidermis.

—Justamente.

—Nelson, ¿a qué clase de robotizados perteneces tú? —inquirió Evalee.

—Todavía soy de la clase… dirigente, si esta palabra vale en nuestro caso; pero un día pueden convertirme por completo en un robot. No quiero seguir viviendo en estas condiciones.

—Ha esperado mucho tiempo para llegar a esta conclusión —le reprochó Witt.

—No digo que les aguardase a ustedes, pero tampoco vino antes nadie en sus condiciones. Por otra parte, el padre de Evalee vivía aún… y, la verdad, apenas me dejaban hablar con él.

Witt asintió.

—Lo siento, Nelson.

Harvester fijó su vista en la muchacha.

—Adiós, Evalee. Lo que nos unió era muy hermoso —
dijo. Ella lloraba silenciosamente.

—Nelson, daría algo bueno para…

—Ya es tarde —contestó Harvester.

De pronto, Evalee se acercó a su antiguo prometido y le besó en una mejilla. Harvester sonrió tristemente.

—Suerte —se despidió.

Llamó y se abrió la puerta.

—Vamos a ver al doctor Ramsay —dijo—. Parece que todavía hay algunos inconvenientes…

Witt y la muchacha quedaron a solas. Evalee hizo un esfuerzo por secarse las lágrimas.

—Estoy dispuesta, Justyn —declaró.

Witt apretó suavemente uno de sus brazos.

—Piensa en tu padre —murmuró—. Piensa en los que no quieren seguir viviendo de esta manera, convertidos en máquinas con figura humana.

—Sí, Justyn.

—También hay que pensar en los que murieron miserablemente: Nellie, Guy, Philliner…

De pronto, agarró un sillón y lo levantó sobre su cabeza.

—¿Preparada, Evalee?

—Adelante.

El sillón voló por los aires. Se oyó un tremendo estrépito. Convertido en mil pedazos, el cristal saltó en todas direcciones.

Evalee ya no necesitó más; aprovechando la relativamente escasa gravedad de Titán, se lanzó a través de la ventana, volteando ágilmente en el aire, para caer de pie. Luego corrió frenéticamente hacia los trajes espaciales.

Witt la siguió, pisándole los talones. Cargó con el traje y el casco. En el hotel se veían ya algunas luces. Witt y Evalee regresaron velozmente, agachándose al pie de la ventana.

—¡Han huido! —gritó alguien en el interior de la estancia.

—Búsquenlos, no pueden estar muy lejos —sonó tonante la voz de Ramsay.

Witt sonrió. Asomó la cabeza un poco; la sala había quedado vacía.

—Adentro, Evalee.

Lo primero que hizo Witt fue cerrar la puerta. Ayudó a vestirse a la joven y luego se puso su traje. En la mano derecha tenía una de las bombas que le había entregado Harvester.

Los guardias recorrían presurosamente el interior de la cúpula. Witt espió desde la ventana, con la visera levantada, a fin de escuchar las voces y órdenes que se sucedían casi ininterrumpidamente.

Mientras, Evalee acumulaba muebles ante la puerta.

—Algo retrasarán a los vigilantes, si se les ocurre volver —dijo.

Una voz tronó, a través de un megáfono:

—¡Registren el hotel! ¡Han debido de esconderse en alguna de las habitaciones!

Los guardias corrieron hacia el edificio. Witt se volvió hacia la joven.

—Vamos, Evalee.

Saltaron de nuevo. Ya no había ningún guardia en el exterior. Witt corrió frenéticamente. De pronto, Evalee le llamó a través de la radio:

—¡Date prisa, nos siguen!

Witt volvió la cabeza un instante. Dos hombres estaban en la


puerta del hotel y les apuntaban con sus pistolas.

Dentro de la casa sonaron varios disparos. Los vigilantes cayeron fulminados.

—Nelson —murmuró Evalee.

Witt estaba ya al pie de la cúpula. Presionó el mando de disparo y saltó velozmente a un lado.

—¡Tiéndete, Evalee!

Ella se tumbó en el suelo. Empezó a contar los seis segundos, pero se había retrasado y la bomba explotó antes de completar la cuenta.

Fue una explosión poco fuerte, apenas sin ruido, aunque con una llamarada de enorme intensidad. Un sector de la cúpula, de forma semicircular, de unos tres metros de diámetro, quedó desintegrado instantáneamente.

El aire rugió al escaparse por aquel enorme orificio. Witt y

Evalee

se sintieron envueltos en un bramador torbellino. La tierra y las plantas volaban como arrastradas por un ciclón tropical.

De repente, la cúpula empezó a rasgarse.

Era un ruido aterrador, apocalíptico. Nubes de aire convertido en vapor escapaban velocísimamente al vacío sideral. Luego, poco a poco, la cúpula perdió tensión y cayó en fláccidos pliegues sobre el edificio en donde las personas eran convertidas en seres sin alma.

*

*

*

Nadie vivía ya en el Life Hotel.

A

Era un espectáculo horripilante. Cientos y cientos de personas yacían en sus lechos, hombres y mujeres, todos ellos muertos por asfixia.

—Hemos provocado una hecatombe —dijo Evalee, terriblemente impresionada.

—La hemos evitado, querrás decir —rectificó Witt.

Recorrieron los laboratorios y los quirófanos. También examinaron los talleres donde se construían las piezas mecánicas. Witt se llevó algunas muestras de aquel metal que ardía hasta consumirse

sin dejar rastro, cuando la persona robotizada era asesinada a distancia.

Nelson Harvester yacía en el vestíbulo, boca abajo, con una pistola todavía en su mano congelada. Witt comprobó que había recibido tres balazos.

—Pero su acción nos permitió destruir la cúpula —
murmuró. Consultó su reloj.

Todo había pasado en muy pocas horas. Ni siquiera eran aún las seis de la mañana.

Aún tenían más de doce horas de tiempo, si bien era preciso contar con el aire de las escafandras.

Witt llevó el cuerpo de Nelson fuera de aquel recinto de muerte y lo sepultó bajo grandes bloques de metano helado. A su lado, Evalee, con una piqueta, tallaba una cruz del mismo material.

Al terminar, Witt dijo que se volvía a la nave para reponer el aire de las botellas.

—¿Por qué? —se extrañó Evalee.

—Hay unos ficheros muy interesantes —dijo—. Debemos llevarlos a la Tierra.

—Alguien paralizará nuestras acciones. Recuerda que estamos reclamados por la justicia.

—Cuando entreguemos los archivos del Life Hotel, ya no necesitaremos escondernos de la policía.

Evalee hizo un gesto de asentimiento.

Durante unos momentos, contempló la sepultura del hombre que debía haber sido su esposo. Luego se volvió hacia el joven:

—Te ayudaré, Justyn —dijo.

*

*

*

—De modo que lo consiguieron —dijo Baird doce días más tarde.

—Así es, capitán —respondió Witt.

—¿Cómo está tu padre, muchacha? Evalee tenía el rostro cubierto de sombras.

—Murió —repuso.

—Harvester también murió, pero nos ayudó a escapar y a destruir aquella fábrica de criminales —añadió Witt.

—Lo siento, lo siento verdaderamente —murmuró Baird—. Evalee, no sabes cuánto apreciaba a tu padre... Nelson era uno de mis mejores comandantes de astronave...

—Para ellos representaban dos personas de categoría; un potentado de las finanzas y un competente astronauta que, a no tardar mucho, se convertiría en director de Tráfico de la I.S. Duncan, por ejemplo.

—Sí, sobre todo, pensando en que a mí me quedan ya pocos años para el retiro —convino Baird—. Bien, ya están en la Tierra. ¿Cuáles son sus planes, muchachos?

—Regresamos a mi cabaña —dijo Evalee—. Henry, en la nave hay cuatro cajas con el indicativo de «INSTRUMENTOS PARA REVISION». ¿Dónde podría guardar esas cajas sin que nadie metiera la nariz para husmear?

—Son los archivos del Life Hotel —explicó Witt.

Baird sonrió.

—Cambiaré los rótulos —dijo—. Pondré «MATERIAL DE DESECHO», conozco a un buen amigo, una especie de chatarrero, que se lleva todo lo que sobra por aquí.

—¿Es de confianza?

—Absoluta. Mi amigo guardará esas cajas y, cuando venga a llevárselas, nadie sentirá el menor recelo. Aquí se le ve con cierta frecuencia...

Witt agarró el brazo de la muchacha y se encaminó hacia la esco- tilla.

—Nos vamos, capitán —anunció—. Ya tendrá noticias nuestras.

—Suerte, muchachos.

Baird había dispuesto un aeromóvil, que despegó de inmediato. Una hora más tarde, estaban en la cabaña.

Era de noche y había una luna esplendorosa en el cielo. Desde la veranda, Evalee señaló algo con la mano.

—Pyramid Peak —dijo.

La montaña brillaba como una aguja de plata. Era un espectáculo singularmente fascinador.

—Lo teníamos tan cerca... —murmuró Witt.

—Está más lejos de lo que parece —manifestó ella.

—Pero no esperan nuestra visita.

Evalee se volvió hacia el joven.

—¿Cuándo iremos? —consultó.

—Lo más pronto posible —respondió él—. Es de suponer que Rachid sepa ya que algo raro ha pasado en Titán. Había allí una emisora de radio, con la que se emitían mensajes regularmente. Al notar la falta de estos mensajes, sospechará que algo ha ocurrido en su laboratorio de robotización.

—Y estará prevenido.

—Sí, pero no nos buscará precisamente en Pyramid Peak. De pronto, se oyó un leve aullido en las inmediaciones.

—¡«Wolfie»! —exclamó la joven.

El lobo se hizo visible a los pocos momentos. Evalee le acarició la cabeza.

—«Wolfie», buen amigo —dijo.

Luego se encaminó hacia la cabaña, seguido por el lobo. Cuando ya se disponía a entrar, Witt detuvo su mano.

—No enciendas la luz —aconsejó. Evalee le miró inquisitivamente.

—¿Qué distancia hay a Pyramid Peak? —preguntó él.

—Unos treinta kilómetros...

—Es una montaña aislada, un magnífico observatorio desde el cual se puede dominar todo el panorama circundante. Con un pequeño telescopio de veinte aumentos tan sólo, la distancia queda reducida a mil quinientos metros.

—Y pueden vernos.

—Entra en lo posible, Evalee. Pero si ese telescopio es electrónico, todas las impurezas de la atmósfera, nieblas, turbulencias debido a la diferencia de temperatura y demás, quedan completamente elimi- nadas. Aparte, claro, de su superior alcance.

—En consecuencia, podrían vernos con toda facilidad.

—Sí, al menos, durante el día.

Witt entró en la cabaña y corrió cuidadosamente las cortinas, antes de encender la luz. El frigorífico estaba repleto de

comida.

—Baird es un tipo excelente —dijo, mientras lanzaba un pollo al aire.

«Wolfie» atrapó la presa antes de que cayera al suelo. Evalee encendió el fuego.

—¿Qué te apetece, Justyn? —consultó.

—Descongela algunas verduras y añade un par de chuletas; con eso tendré bastante —respondió él.

Por la mañana, Evalee lo encontró sentado al pie de una de las ventanas, cuyas cortinas estaban casi completamente corridas. Witt tenía puestos los anteojos electrónicos.

—¿Qué ves? —preguntó ella.

—Una cosa rara. El pico que remata la cumbre no parece natural.

—Déjame mirar, Justyn.

Al cabo de unos momentos, Evalee se volvió hacia el joven.

—Tienes razón, la cúspide ha cambiado ligeramente de forma —dijo.

—El remate del pico es artificial. Debajo hay antenas... de lo que sea.

—Antenas que emiten rayos destructores de personas robotizadas, cuya actuación, a pesar de todo, puede poner en peligro esa funesta doctrina.

—Exactamente. En Titán robotizaban a las personas, pero las controlan en la Tierra. ¿No es precisamente el dominio del planeta lo que buscan?

—Y también debe de haber otra clase de antenas, Evalee.

Sobrevino un instante de silencio. Sin necesidad de palabras, ambos se imaginaban fácilmente cuáles eran las «otras» antenas.

Al cabo de un momento, Witt corrió la cortina nuevamente.

—Espero destruir muy pronto ese centro de control mundial —dijo.

CAPÍTULO XII

El aeromóvil volaba muy despacio, a ras del suelo, sin luces, ni siquiera en el cuadro de mandos. Witt aprovechaba la luz de la luna para evitar los obstáculos del terreno.

Sabía que era muy posible la existencia de radar en Pyramid Peak. Esto era algo que no podía evitar, aunque sí trataba de dificultar la observación visual. Antes de que se hiciera de día, tras su llegada a la cabaña, había situado el vehículo en un lugar donde no pudiera ser visto. Por la noche, ayudado por Evalee, había cubierto con barro todas sus superficies brillantes.

El barro evitaría un posible destello delator. Witt, por su parte, había decidido llegar a Pyramid Peak poco antes del amanecer. Si había centinelas, cosa muy posible, estarían ya soñolientos y fatigados de sus horas de vela.

Cabía también la posibilidad de que no esperasen el asalto. Pero Witt prefería ponerse en lo peor; por dicha razón iba armado, lo mismo que Evalee.

Poco a poco, fueron ascendiendo por la aguda pendiente del pico, buscando en todo momento los trozos que les permitían una mayor ocultación, aunque ello significase un tiempo más largo. A veces, el aparato se movía a la velocidad de una persona al paso.

—Debiéramos haber traído a «Wolfie» con nosotros —dijo Evalee de súbito, cuando ya estaban en las cercanías de la cumbre.

Witt hizo un gesto negativo.

—No —contestó—. Podemos pedirle que nos ayude, cuando somos atacados; pero la situación es inversa ahora. Somos nosotros los atacantes. Debemos evitar que un animal intervenga, en lo posible, en las disputas entre humanos.

—Justyn, ¿son humanos los que están ahí arriba?

Era una pregunta que no carecía de lógica. Pero Witt no cambiaría de opinión por ello.

—Quiero demasiado a los animales para exponerlos a graves riesgos en determinadas circunstancias —contestó.

De pronto, frenó la marcha del vehículo y lo hizo deslizarse lateralmente, situándolo al resguardo de un enorme pedrusco.

—Creo que ya hemos llegado —dijo.

Las patas del tren de aterrizaje se apoyaron en el suelo. Witt fue el primero en saltar, pistola en mano. Evalee le siguió en el acto.

Ambos vestían de forma idéntica: *pullover* y pantalones negros. Pero no se habían tiznado la cara. A Witt le había parecido ridículo.

—De todos modos, pronto nos verán —había dicho.

Una vez en el suelo, dio la vuelta a la roca. Delante de él, había una extensa plataforma, situada al pie de un farallón casi completamente vertical. Por encima de sus cabezas, a no más de sesenta o setenta metros, se alzaba la cúspide de la montaña, casi tan fina como una aguja.

—Ahora ya sé lo que hicieron —dijo Evalee.

—Tuvieron diez años de tiempo —murmuró él—. Y Rachid debió de emplear todavía más años, en experimentar su conversión de humano a robot. Pero antes de desarrollar el plan, tenían que planearlo todo hasta el último detalle, a fin de llevarlo a la práctica ya en un mínimo de tiempo.

—Eso no les salió barato, Justyn —comentó ella.

—Cobraban un cuarto de millón por cada robotización. Y... cuando volvamos de aquí, haz investigar las cuentas corrientes de tu padre. Seguro que encontrarás muchas sorpresas.

—Pero ¿cómo le harían firmar los cheques...?

—Seguramente, bajo hipnosis. Y no sería el único, créeme.

—Sí —murmuró ella—, Justyn, ¿vamos a pasarnos aquí todo el tiempo?

Witt se despegó de la roca.

—Vamos allá —dijo.

Corrieron en silencio. Witt llegó al farallón y tanteó con las manos, en busca de una abertura. La explanada debía de servir para el aterrizaje y despegue de los aeromóviles, pero ahora estaban dentro, a fin de que no se advirtiese su presencia en aquellas alturas.

Witt se llevó una sorpresa al tocar la pared con las manos.

—¡No es roca! —exclamó.

Evalee se acercó al farallón y alargó una mano, que se hundió ligeramente hacia adentro.

—Un telón muy bien pintado —dijo.

—Sí. Seguramente, hay un armazón en el interior, que mantiene el tejido... pero como nosotros desconocemos la forma de abrirlo, emplearemos el sistema de apertura Witt.

—¿Qué sistema? —se asombró ella.

Witt rió suavemente. Sacó un cuchillo y lo clavó en el plástico. Luego lo movió hacia abajo, rasgando la falsa roca.

Evalee sonrió, mientras Witt ensanchaba la abertura. Entonces, vieron luz al otro lado.

Pasaron al interior. A pocos pasos de distancia, había un par de aeromóviles de gran tamaño, destinados a la carga. También se veía otro idéntico al que les había llevado hasta Pyramid Peak.

Pasado el falso muro, había un gran túnel, excavado en la roca viva y alumbrado por potentes lámparas. Un poco más adelante, divisaron un espectáculo singular. Estaban preparados para ver cosas muy extrañas, pero lo que tenían delante de sus ojos les quitó la respiración durante unos segundos.

*

*

*

El túnel se ensanchaba en una enorme caverna, de forma aproximadamente rectangular, cuyo techo se hallaba a unos veinte metros sobre el suelo. Frente a ellos había un gigantesco panel de control, con infinidad de luces de todos los colores en un sector de unos diez metros de largo por cuatro de altura. El panel medía, sin embargo, más de sesenta metros y todavía quedaba espacio para añadir más paneles suplementarios.

La mayoría de las luces, no obstante tenían color verde. Había algunas, muy pocas, de color rojo; otras eran blancas y también habían bastantes de color ámbar. Frente al panel iluminado, había una especie de consola, con un hombre sentado ante los mandos.

A la derecha se veía un ascensor, cuyos cables desaparecían en un tubo vertical, que se perdía en el techo de la caverna. Witt supuso que aquel ascensor debía de llevar a la cúspide, donde se hallaban las antenas bajo el falso picacho que había sustituido al original.

Witt movió la cabeza y avanzó hacia la consola, pistola en mano. El vigilante, de súbito, notó una presencia extraña y se volvió.

—Quieto —dijo Witt, apuntándole con una pistola. El hombre se quedó petrificado por el asombro.

—Apártese.

La pistola era amenaza suficiente para que el vigilante obedeciese en el acto. Witt dio un par de pasos más.

—Explíqueme qué significan las luces —pidió.

—El color verde es de personas en reposo —dijo el interrogado—. Blanco, para las que todavía están en período de entrenamiento y control. Ámbar, para personas en movimiento.

—¿Y el rojo? —preguntó Evalee.

—Personas sospechosas. Sus reacciones se graban y se estudian adecuadamente, antes de adoptar una decisión.

—Que, a veces, suele resultar fatal para el interesado.

— ¡Exactamente, amigos míos!

Evalee se estremeció. Witt volvió la cabeza.

Había escuchado aquella voz diez años antes, pero jamás olvidaría sus tonos. Ahora, de nuevo, tenía a Rachid Tsur frente a sí.

—Francamente, no les creí tan audaces —sonrió el creador del robotismo—. Y eso que vigilaba la cabaña de la señorita..., pero, por le visto, son más inteligentes de lo que pensaba.

—No somos tontos —gruñó Witt—, Hemos averiguado muchas cosas, profesor.

—Interesante —sonrió Rachid—. Pero ¿de qué les va a servir?

Witt movió la pistola.

—Pienso destruir su centro de control —dijo.

Rachid meneó la cabeza.

—Amigo mío, es usted joven y, como tal, impulsivo. Ya ve, estoy desarmado y, sin embargo, no temo a su pistola.

Evalee dejó caer la suya al suelo.

—Justyn, hemos perdido —murmuró.

Varios hombres armados surgieron de pronto por un hueco de la caverna.

Witt comprendió que toda resistencia era inútil y soltó también el arma.

*

*

*

—Ha ganado, profesor —dijo, tras una corta pausa.

—Siempre gano —rió Rachid.

—Menos en Titán. El Life Hotel es una construcción ya inservible. Todos cuantos estaban allí, han muerto.

Rachid frunció el ceño.

—Eso explica la falta de noticias —dijo.

—Abrimos un agujero en la cúpula. El aire se escapó. Murieron todos cuantos estaban allí, incluido el doctor Ramsay.

—Mi padre también murió. Y Nelson Harvester —añadió la joven.

Rachid meneó la cabeza.

—Es un gravísimo contratiempo, pero acabaré por superarlo —dijo.

—Sí, claro, dinero no le falta —exclamó Witt sarcásticamente.

—Oiga, ¿cómo mata a los robotizados que no..., bueno, como hizo con Nellie Ackerman? —preguntó Evalee.

Rachid apretó los labios.

—No hagan preguntas —rezongó.

—Ah, claro que no —exclamó ella con acento de burla—. No le interesa que estos hombres robotizados sepan que llevan una bomba en el cuerpo, ¿verdad?

—¡Cállese! —gritó Rachid descompuestamente—. Eso que ha dicho usted es una inmunda mentira. Estos hombres me quieren, son absolutamente fieles a mi doctrina...

—Bueno, bueno, no hay para ponerse así —terció Witt, conciliador—. Esta chica, profesor, tiene una imaginación delirante. Discúlpela, se lo ruego.

Rachid dirigió una mirada rencorosa a la joven.

—La señora Ackerman murió a consecuencia de un fallo. Había un circuito defectuoso en su sector robotizado. Ya hemos sustituido todos los circuitos defectuosos.

—Lástima, era muy guapa —suspiró Witt—. Pero no me dirá que

gracias a estas instalaciones no puede controlar a todos los seguidores del robotismo.

—Claro —sonrió Rachid—. Y ellos están de acuerdo en que se les controle…

—Y en ayudarle a dominar el planeta, como el comisionado Evans y cierto ministro de Comunicaciones… y un montón de personas importantes que sería largo de citar.

—El que se convierte al robotismo, debe aceptar todas las consecuencias de su conversión. Para ello recibe una cantidad de beneficios, como ustedes no se pueden imaginar siquiera.

—En cuanto a mí, gracias —dijo Evalee—. Prefiero seguir siendo de carne y hueso.

—No será por mucho tiempo —declaró Rachid.

—Oiga, no irá a decir que piensa robotizarme…

—Nada de eso: la mataré. Y a usted también, señor Witt. Resultan ya demasiado incómodos para mí.

—Te lo dije, Justyn —se lamentó Evalee—. Debimos haber traído a «Wolfie» con nosotros.

—Algún mastín, ¿verdad? —sonrió Rachid.

—Sí, más o menos —respondió Witt—. Oiga, ¿es cierto que descubrió usted un metal absolutamente combustible?

—Aunque la palabra no sea correcta, puede decirse que es una especie de aleación de magnesio y plástico. Totalmente combustible, como puede apreciar.

—A mí quisieron raptarme —dijo Evalee.

—Lo estimé necesario. Convenía dar la impresión de que una hija amantísima había ido a visitar a su padre, gravemente enfermo…; pero parece que las cosas no salieron como yo esperaba.

—Y a mí me atacaron y me golpearon… —terció Witt.

—Era preciso dar la impresión de que mentía cuando se refirió a lo ocurrido en casa de la señora Ackerman.

—Pero pudieron matarme.

—Usted me interesaba como zoopsicólogo. Le hubiera robotizado algún día, pero también es preciso admitir que nunca falta un pequeño porcentaje de errores.

—O quizá creyó que no era enemigo.

—Tal vez.

—Incendió el laboratorio del doctor MacThait. ¿Por qué?


—¿No se lo figura?

—Tardó varios días. No comprendo ese retraso.

—Era preciso localizar antes... al prisionero.

—Sí, me lo imagino. —Witt se metió las manos en los bolsillos de los pantalones—, A propósito, Rachid, ¿qué método de ejecución piensa emplear con nosotros?

—No quiero manchar el suelo de sangre —respondió hoscamente el interpelado.

—Muy bien. Pero antes de que haga nada... ¡Ahí va eso, Rachid! —gritó Witt

repentinamente.

En el mismo momento, empujó a Evalee con una mano, lanzándola al suelo. Acto seguido, se abalanzó contra Rachid, quien, sorprendido, no acertaba a reaccionar.

El objeto que Witt había sacado del bolsillo voló por los aires y cayó al pie del panel de control. Un segundo más tarde, se produjo la explosión.

El panel saltó en pedazos. Chispas de enorme tamaño brotaron de su interior. El ruido, tras la explosión, se hizo aterrador.

Se oyeron algunos gritos horripilantes. Tendido en el suelo, Witt alzó la cabeza.

Los robotizados se agitaban convulsivamente, a medida que los cortocircuitos estallaban con infernal chisporroteo. Nubes de humo acre y apestoso empezaron a invadir la caverna.

Witt se arrastró por el suelo. Evalee le miró, muy asustada.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó

—Vamos, salgamos pronto —dijo él.

Echaron a correr. Cuando llegaban a la salida, Witt movió la cabeza.

Rachid yacía en el suelo, humeando de una forma espantosa. Ninguno de sus ayudantes se movía ya.

Witt y la muchacha ganaron la explanada y corrieron hacia el aeromóvil, que despegó de inmediato, a toda
velocidad.

Segundos más tarde, un colosal chorro de fuego subió a lo alto, disipando durante algunos segundos las sombras de la noche. Enormes trozos de roca volaron por los aires. Luego, poco a poco, volvieron el silencio y la oscuridad. Las estrellas brillaron de nuevo en las alturas.

*

*

*

La puerta del dormitorio era de fuelle y estaba plegada, lo que permitía ver desde la cama el fuego de la chimenea. «Wolfie» estaba tendido ante las llamas, sobre una gran piel.

El señor y la señora Witt conversaban apaciblemente en el lecho conyugal. La señora Witt tenía la cabeza apoyada en el hombro de su esposo.

—Justyn —dijo Evalee.

—¿Sí, querida?

—Aquella explosión en la caverna...

—Los generadores. Se necesitaba una enorme cantidad de energía para mantener en funcionamiento todo el sistema.

—Guardaste una bomba de las que te dio el pebre Nelson.

—No sé cómo se me ocurrió, aunque ya entonces pensé que era como una especie de cartucho de reserva.

—Justyn, ¿cómo mataban a las personas robotizadas que eran «infieles»?

—Su... infidelidad se reflejaba en el cuadro de control. Entonces, el vigilante enviaba una emisión en onda especial, que activaba el mecanismo de explosión.

—Pero Nellie no explotó.

—La bomba, en el interior del cuerpo, era solamente incendiaria. La emisión mortífera alteraba las propiedades del explosivo.

—Sí, entiendo. Y así, Rachid, un día, habría logrado el control mundial.

—Ese día, por fortuna no llegó.

Guardaron silencio un momento. De pronto, se oyó un distante aullido.

«Wolfie» se levantó en el acto y caminó hacia la puerta, que empezó a arañar con sus patas.

—Quiere salir —dijo Evalee.

Witt se levantó, abrió y dejó que el lobo se marchase.

Luego volvió a la cama, junto a su esposa.

—Y todos los robotizados murieron —dijo ella.

—Tenía que ser así. Ellos eligieron un camino.

—Ahora ya se sabe todo…

De nuevo se oyó otro aullido. Cerca de la cabaña, «Wolfie» aulló también.

Witt sonrió.

—Está contestando a la llamada —dijo.

—¿Qué llamada, cariño?

—Querida, «Wolfie» también tiene derecho a ser feliz.

—Oh… —Evalee se echó a reír—. Una loba…

—Que le dará lobitos algún día.

—Y serán nuestros amigos.

—No lo dudes.

Evalee abrazó con fuerza a su esposo.

—¡Uuuuúh…! —dijo, maliciosa.

—¡Uuuuúh…! —contestó él.

F
I
N